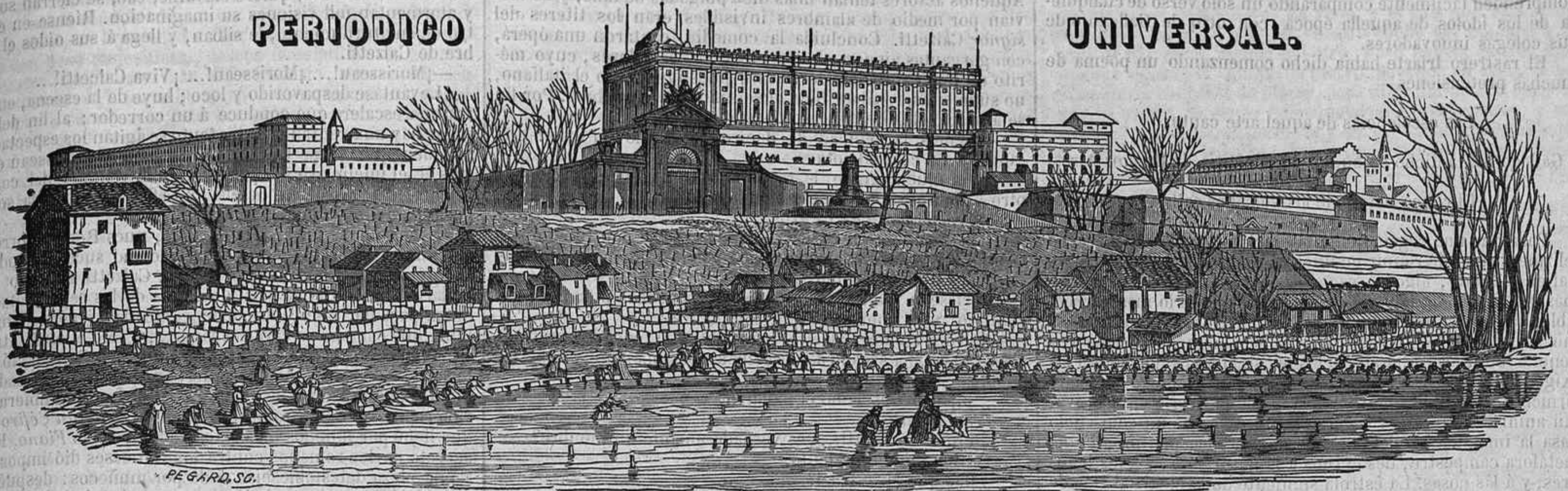


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 4 rs.

NUM. 203.—SÁBADO 15 DE ENERO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

D. JUAN NICASIO GALLEGO.

Los genios que se van parece como que dejan tras sí una estela deslumbrante, á cuya luz se los alcanza á ver en todo su esplendor. Los que acaso no tuvieron mientras vivían la suficiente abnegación para mirar frente á frente al genio y acatarle y reverenciarle, abren los ojos al sonar la hora de su muerte, y como por impulso instintivo abarcan con una sola mirada aquel coloso intelectual que se desmorona. Este es uno de los mas singulares privilegios de la muerte; esto de escribir en la tumba del hombre vulgar—olvido—y en la del hombre superior—justicia.—Solo este premio sublime bastaría á alentar en su carrera de espinas á los que sienten en sí el trasunto de aquella inteligencia suprema que nada deja en el mundo sin su compensación.

Cuando se profundiza este raro fenómeno da orgullo el ser hombre. No es tan despreciable ni tan mal organizada la criatura que así reproduce exactamente las maravillosas contradicciones de que Dios ha hecho esclava á la misma naturaleza. Toda una generacion pasa tal vez al lado de una inteligencia gigante, y la tiene en poco si no la tiene en menos ó si repara en ella; pero suena la hora aplazada de la contradicción, que es en esto la verdad, que es en esto la justicia, y aquella generacion miope y torpísima cae de hinojos ante el hombre superior, tocando sus piés con la frente. Entonces el hombre se le va de entre las manos; el ídolo cae al primer humo del incienso; ¿para qué? para que lllore y se contradiga la generacion que le miraba solo como una criatura mas, para que de esta contradicción surjan la verdad y la justicia mas grandes y mas resplandecientes que nunca.

¡Oh! siempre que se cierra la tumba de un poeta, se abre para sus contemporáneos el cielo de la verdad!

A trueque de parecer inoportunos hemos comenzado este artículo con tales reflexiones, que si en esta ocasion de todo en todo no son aplicables, casi siempre por desdicha lo son. D. Juan Nicasio Gallego, con efecto, ha debido morir como poeta y como cristiano alabando á Dios noche y día, porque nunca en vida hubo poeta mas respetado, ni nunca altas dotes mas públicamente reconocidas.

Sin que sus títulos fuesen grandes, es decir, lo que se entiende por títulos entre el vulgo literario, que consiste en el número de las obras dadas á luz; sin que fuese uno de esos pilotos del arte que viven y mueren junto al timón, su voto era decisivo en toda clase de cuestiones; lo que prueba siempre merecimientos, y mas particularmente en literatura, donde tan válidas y enseñoreadas andan las medianías, que vale como decir el orgullo, la vanidad y lo absoluto de las opiniones.

Empero si hace un año había alguno de esos ceros literarios que le disputase su justa celebridad, hoy que apenas se acaba de cerrar su tumba, hasta esos mismos ceros literarios la reconocen y la acatan.

No vamos á escribir una biografía de D. Juan Nicasio Gallego, que fuera cosa escusada, habiéndose publicado tantas en esta semana misma, como era natural. Ni tampoco nos parece la materia que trataremos de su valer é influjo en las letras digna de que se le usurpe una sola línea de este artículo con noticias de su vida y hechos que puedan hallarse en otros escritos.

Como primeramente se ha de considerar á Don Juan Nicasio Gallego, es como uno de los tres campeones mas diestros y vigorosos á quien se debe nuestra regeneracion literaria. Continuador de la obra de Melendez, como Quintana y Lista (que son los otros á que aludimos), nació por su fortuna en el albor de las grandes revo-

luciones de este siglo, cuando al fragor de las civilizaciones viejas que se desplomaban, uníase en nuestro suelo el rudo y poético despertar de todas las emociones, de todos los instintos, de todos los sentimientos dormidos en el pecho castellano al arrullo de una corte corrompida y de un estado social fue-

amaga destruir hasta los dioses penates, entonces los poetas que engendra se llaman Quintana y Gallego, doble estatua de un mismo pedestal, inteligencias hermanas que, abrazándose cordialmente, se reparten el imperio de la primera mitad de este siglo.

A esta mision gloriosa de Gallego atribuimos nosotros lo que llamaban algunos pobreza de su número, lo excesivamente escaso de sus producciones. Héroe de la poesia heroica, poeta que escribió las glorias del Dos de Mayo con la misma sangre que corria por las calles de Madrid, ¿qué pudo cantar después? Sacerdote patriota ¿qué pudo cantar cuando no hubo patria ni sacerdotes?

Y sin embargo le vemos acompañarla con el dulce son de su lira en cada suceso próspero ó contrario, como si protestara su número del marasmo á que lo reducía la pobreza de los tiempos. Pindaro en los presentes no escribiera mucho mas que el cantor del Dos de Mayo.

Concretándonos ahora al mérito particular que le distinguía, á esas razones, para algunos incomprensibles, en que fundaba su omnipotencia literaria, á pesar de haber escrito solamente siete ú ocho composiciones de bulto—permitásenos esta frase,—con una sola convenceremos al lector de la justicia de esa omnipotencia y lo relevante de ese mérito. Gallego era un poeta lírico sin rival. Rotundo, arrebatado, numeroso, castizo en el decir, poético y elevado en el pensar, oportuno y rico en las comparaciones, atrevido en el fondo y tal vez en la forma, lacónico siempre, en las descripciones vivo y feliz como pocos, cada una de las poesías que nos ha legado es un modelo del género á que pertenecen. ¿Dónde introduccion mas melancólica y poética que la de su incomparable elegía del Dos de Mayo?

Noche, lóbrega noche, eterno asilo del miserable que esquivando el sueño profundas penas en silencio gime, no desdeñes mi voz: letal beleño presta á mis sienes, y en horror sublime empapada mi ardiente fantasia, da á mi pincel fatídicos colores, con que el tremendo día trace al fulgor de vengadora tea, y el odio irrite de la patria mía, y escándalo y terror al orbe sea.

Sin tener en cuenta el sublime apóstrofe á la noche que recuerda el *tristísima noctis imago*, de Virgilio, no puede con mayor laconismo y sencillez introducirse el poeta á cantar una gran desdicha, ni irse encendiendo en dolorosa ira con mas naturalidad. Pocas estrofas en once versos encerrarán tantas bellas antítesis, ni en lienzo tan diminuto cuadro tan pintoresco. La transición del sentimiento poético al arranque patriótico es inimitable.

Trace al fulgor de vengadora tea, y el odio irrite de la patria mía, y escándalo y terror al orbe sea.

Para mejor comprender el aplauso unánime con que esta elegía y su oda *Ala defensa de Buenos-Aires*, no inferior en algunos conceptos, fueron acogidas á su aparición al principio del siglo XIX, baste recordar el lastimoso estado de postracion en que la poesia, lírica habia caído por aquellos tiempos. Degenerando el gongorismo en sencillez rastrera, trocose la poesia, de lengua de los dioses, al dialecto vulgar de aquellas tertulias tiradas á cordel, de aquellas cabezas empolvadas y simétricas que vistas por detrás parecían un teatro de figuras de movimiento. Se habia perdido enteramente el sentimiento de la armonía, tan comun siempre á los poetas castellanos. Melendez, Cienfuegos, Quintana y tal



El Esemo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego.



ra de quicio. Siempre el grito de—¡la patria está en peligro!—ha engendrado algun poeta, como engendraban hombres las piedras de Deucalion y Pirra; pero cuando ese peligro

vez Cadalso como Gallego desempeñaban el papel de innovadores; pero no habían conseguido aun asentar en sólidas bases la restauración. Estas diferencias sociales y literarias se comprenden fácilmente comparando un solo verso de cualquiera de los ídolos de aquella época, con otro de Gallego ó de sus colegas innovadores.

El rastro Iriarte había dicho comenzando un poema de muchas pretensiones

Las escelencias de aquel arte canto;

y Gallego había dicho en su oda á la defensa de Buenos Aires:

El ronco hervir de los volcanes calla.

Para que una regeneración literaria pueda llevarse á cabo felizmente, ha de reunir en nuestra opinión algo de tradicional en el fondo, algo de eso que está enlazado á las glorias más queridas del pueblo; y en la forma, que es lo más perceptible, algo de las aspiraciones y de las nuevas creencias de ese mismo pueblo. Así Gallego, Quintana y Lista, jefes de la regeneración literaria, eran poetas del siglo XVI amoldados á las exigencias literarias y sociales del XIX. En Gallego particularmente parecemos que revive la musa de Herrera, tan viva, tan animada, tan vigorosa, tan pintoresca. De un solo vuelo pasa la imaginación del poeta desde una idea política, á una metáfora campestre, desde Dios á la naturaleza, y á los hombres, y á las cosas. La estrofa siguiente de la elegía al Dos de Mayo recuerda muchas de la oda á la batalla de Lepanto.

Guadalquivir guerrero
torna al belico son la régia frente,
y del patron valiente
blandiendo airado la nudosa lanza
corre gritando al mar ¡Guerra y venganza!

¡Pero cuán distinta no era esta forma tan correcta y tan bella de la no menos bella de los poetas antiguos! El espíritu de la regeneración la animaba con su soplo. La escuela francesa había pasado ya los Pirineos. El poeta patriota del Guadalquivir invocaba la sombra de Herrera estudiando los versos pulidos de Andrés Chénier.

Otra de las cualidades superiores de Gallego fué sin duda la que le hacía descolgar tanto en la poesía imitativa. No hay cuadro suyo, aunque represente una idea abstracta, que no se palpe, que no se toque. Rival en esto de Quintana, y superior á Lista y á Cienfuegos, parece incomprensible cómo una imaginación tan vivaz podía encontrar colores y matices adecuados á todos sus diversos movimientos. En esa estrofa citada últimamente se oyen las aguas del Guadalquivir corriendo atropelladas como un pueblo á defender su independencia; pero en donde nos dejó el más cumplido modelo de poesía imitativa, fué en la oda á la defensa de Buenos-Aires, con aquella famosa estrofa:

La vista fija en la ciudad, y entonces
golpe terrible en el broquel sonante
da con el pomo, y al fragor de guerra
con que herido el metal gime y restalla,
retiembla la alta sierra,
y el ronco hervir de los volcanes calla.

En los dos primeros versos parece que se ve el embarazo del guerrero que abrumado de armas apenas puede moverse para dar

Golpe terrible en el broquel sonante.

La cadencia imitativa del último verso no creemos que tenga rival en la lengua castellana.

Una comparación por último nos ocurre muy oportuna. Gallego era el Alberto Durero de la poesía: la brillantez y propiedad del colorido nadie como él las poseyó.

Así se comprende cómo un hombre que apenas habrá publicado mil versos, figuraba en la más elevada cumbre de nuestro Parnaso. En ellos ha dado pruebas de reunir todas las grandes dotes que más enemigas parecen. Lástima es que en el número no haya logrado ponerse siquiera á la altura de Quintana; pero ¿quién sabe los secretos de una organización poética y misteriosa de suyo? Gallego aborrecía la publicidad, y sin embargo, no ha muchos meses que le rindió el último tributo con un soneto que trae el *Album* del conde de San Luis. Esto prueba á lo menos que á pesar de su edad avanzada ardía aun en su inteligencia el fuego sacro. Nosotros en honor de la humanidad no creemos que el poeta, aunque renuncie á la publicidad, pueda renunciar del mismo modo á la satisfacción íntima de ver hecho verbo su pensamiento. Abrigamos la esperanza de que D. Juan Nicasio Gallego quizás habrá dejado numerosos escritos, y que no faltará academia ó persona de buen gusto que los publique para honra y prez de las letras castellanas.

V. BARRANTES.

EL SUICIDIO DE UN BAILARIN.

(Conclusion.)

Morisseau se detuvo, y el italiano prosiguió diciendo: —*Signor francese*, entrad; comedia, ópera, baile: *il signor Calzetti* os suplica que entreis.

Al oír el nombre de Calzetti, dió Morisseau un salto hácia atrás, pero la multitud que se agolpaba delante del palacio Fiano, le iba empujando; bajó unas cuantas escaleras, dió el importe de su entrada á una vieja, y á pocos pasos de ella se encontró en el teatro de un titiritero. La reunión era numerosa y escogida, porque los romanos aprovechan con avidez todas las ocasiones de divertirse, sean las que fueren, y los títeres del *signor Calzetti* eran sumamente curiosos... Sentóse Morisseau en una luneta del centro de la sala, y precisamente debajo de la luneta que la iluminaba: el teatro tenía cinco ó seis piés de alto por doce de ancho, y el telón era de color carmesí. Tocose la sinfonía, oyéronse tres palmadas, y se levantó la cortina. El teatro representaba un salón; abriose

una puerta del fondo, y se presentó un caballero á hacer la exposición de la pieza: después salió una dama, y sucesivamente fuéron apareciendo la doncella, el barba y el criado. Aquellos actores tenían unas diez pulgadas de talla, y se movían por medio de alambres invisibles: eran los títeres del *signor Calzetti*. Concluida la comedia, cantaron una ópera, con gargantas ajenas, ocultas entre los bastidores, cuyo mérito no pudo apreciar Morisseau, pues ignorando el italiano, no supo si espresaban bien el sentido de las palabras. Por fin se anunció el baile, y prestó la mayor atención.

—¿Teneis la bondad de decirme el título del baile? preguntó á un compatriota.

—Con mucho gusto, le respondió este: es una parodia de otro baile nuevo que se está dando en el teatro de Argentina.

—¿De la *Vuelta de Céforo*?

—Justamente: un bailarín francés se ha contratado para ese baile, y los romanos han empezado aplaudiéndole, porque en efecto baila muy bien; pero...

Morisseau iba á exclamar: ese soy yo; mas aquel *pero* le contuvo, y su compatriota prosiguió:

—Pero *il signor Calzetti*, más hábil que todos los profesores de París, ha sacado á la escena un personaje muy superior al pobre Morisseau.

—¡Superior! exclamó el bailarín.

—Vais á verlo.

—Pero ese Calzetti... ¿es verdaderamente un hombre?

—Y tiene mucho talento.

—¿Mas que M. Gardel?

—Sin duda alguna; sus discípulos carecen de defectos; sus céfiros son ligeros como el aire y no tocan el suelo. Vais á verlo.

Morisseau se encontraba aniquilado; ardía su frente y al mismo tiempo tenía frío; su entendimiento no había llegado á comprender el mecanismo que hacía mover á las figuras del *signor Calzetti*, y su vanidad de artista se irritaba al pensar que se le juzgaba inferior á un muñeco.

Mirad bien, le dijo su compatriota, pues ya levantan el telón.

El teatro representaba una campiña cercada de árboles: de pronto se estremecieron sus copas; llegaba Céforo. Cualquiera hubiera creído que salía de una nube para bajar á la tierra: pasaba y repasaba por medio de las flores, agitaba sus alas, y sin posarse en ninguna rama acariciaba á las rosas y jazmines que adornaban aquella risueña perspectiva. No era un bailarín, sino un dios alado, más rápido que el Iris, más ligero que Mercurio, que se sonreía con las ninfas, sin detenerse, y volvía después á las flores: había en los movimientos de tan aéreo personaje tanta elasticidad, tanta gracia, y sobre todo, tanta verdad, que la obra del *signor Calzetti* realizaba todos los sueños de los poetas. Los romanos aplaudían sin cesar, por lo mismo que sabían que aquel espectáculo duraría poco tiempo. Así sucedió; pues Céforo, después de acariciar á las ninfas y hacer que murmurasen las hojas de los árboles, tomó vuelo, se perdió entre las nubes, y ascendió sin duda al Olimpo.

—Ahí teneis á Céforo, dijo el francés á Morisseau: ahora vereis la parodia.

Los árboles estaban inmóviles; las flores no vacilaban ya en sus frescos tallos; nada se movía en la pradera: por un efecto de luz perfectamente combinado, se cambió la primera perspectiva de la decoración. Céforo reapareció, pero no en la posición horizontal de un ser aéreo, sino como un ente humano, á quien la ley de la gravedad obliga á sostenerse sobre un punto de apoyo. La crítica era injusta, pero el contraste agradaba.

—¡Morisseau! ¡Morisseau! gritaron por todas partes.

Y un infierno de carcajadas resonó en el teatro. Morisseau, ó mejor dicho, el céforo del *signor Calzetti*, se situó en medio del escenario, levantó una pierna, después la otra, y ejecutó esas interminables piruetas de que tanto abusan los bailarines franceses. Concluido su trabajo, se dejó caer al suelo para dar á entender que le faltaba el aliento.

—*Eccolo il zephiro francese*, gritó entre bastidores el pérfido Calzetti.

Las risas y carcajadas se repitieron con mayor estrépito, y Morisseau, sin atreverse á respirar, dirigía sus miradas inquietas á todas partes temiendo ser reconocido.

Nadie se atrevía en Roma á atacar al gobierno francés, pero el odio nacional necesitaba desbordarse por alguna parte, y se cebaba en un bailarín.

Morisseau pudo por fin salir de aquella cueva, pero el suplicio que acababa de atormentarle era para él tan nuevo como imprevisto, y había herido de muerte su corazón. Se metió en su cuarto y se acostó para olvidar en los brazos del sueño su amargura. Las nueve de la noche serían cuando llamaron á su puerta.

—¡Morisseau! ¡Morisseau! le gritaron.

El bailarín reconoció á su director, se envolvió en una bata y abrió.

—¿Cómo! ¿Os habeis acostado? ¿Estais enfermo?

—No, pero...

—¡Ah! Pues en tal caso, venid con nosotros.

El director no estaba solo, pues le acompañaba el abate de Santa-Cruce.

—Me alegro de que no esté enfermo *il signor Morisseau*, dijo este: le he encontrado esta tarde en el *Corso*, á la entrada del palacio Fiano.

—Ea, vestios y vámonos al teatro, añadió el director, pues se ha cambiado la función y damos esta noche la *Vuelta de Céforo*; ya veis que os toca bailar.

—¡Oh! No... no... exclamó Morisseau.

—¿Cómo es eso? murmuró el director: sabed que el cardenal Camerlingue desea admiraros.

—¡Oh! Su Eminencia, repuso con voz melosa el abate.

—No quiero bailar mas en Roma, y mañana saldré para París.

El director se echó á reír y respondió:

—¡Vos á París! Sois mio por tres años, y como no estais enfermo, segun vuestra propia confesion, bailareis esta noche ó dormireis en la cárcel.

El caso era serio y Morisseau no lo ignoraba.

—¡Un cardenal! ¡Todo un cardenal! repetía el abate de Santa-Cruce.

Fué preciso vestirse de Céforo y endosar las alas de mari-

posa; pero el bailarín no tenía ya fé ni confianza en su talento. El muñeco del *signor Calzetti* le había enseñado que nada sabía. Presentase por fin en la escena, baila, se debilita, se trastorna su cabeza, quiere elevarse, cae, se cierran sus ojos y atormentan mil visiones su imaginación. Riense en el teatro de su aturdimiento, le silban, y llega á sus oídos el nombre de Calzetti.

—¡Morisseau!... ¡Morisseau!... ¡Viva Calzetti!...

Levántase despavorido y loco; huye de la escena, encuentra una escalera que conduce á un corredor; al fin del corredor hay una ventana. Entre tanto se agitan los espectadores, y piden que salga Céforo. Los amigos de Morisseau corren tras él, el infeliz oye sus pasos, pero la ventana del corredor está abierta; arrójase por ella, y Céforo cae sin vida sobre el peristilo del teatro de Argentina.

Esta muerte hizo mucho ruido, pues Roma aborrecía el suicidio. Además se esplicó mal, como sucede á todos los acontecimientos del mismo género. Calzetti no supo que el bailarín francés había asistido á una de las representaciones de su parodia, y se tuvo por inocente: la *signora Camila* no tenía que echarse en cara sus rigores, y solo el abate atribuyó aquella desgracia á la fidelidad de la misma. Se redactó un informe extenso respecto á la muerte de Morisseau, y nadie hubiera vuelto á hablar de ella, si á Calzetti no le hubiera ocurrido representar el *Suicidio y el entierro de un Céforo*, baile que llenó por muchos días el teatro del palacio Fiano. El odio secreto de los romanos contra los franceses dió importancia á una pieza detestable ejecutada por muñecos: después nadie volvió á acordarse de Morisseau en la ciudad de los Césaes.

TARDES DEL OTOÑO.

MEDITACION.

A MI AMIGO D. E. DE S.

«Quisiera hallar una pintura que retratase los sonidos; porque los sonidos tienen tambien su filosofía. Desgraciadamente nuestros pintores no han podido hasta ahora trasladar al lienzo los objetos de otra manera que como los trasmite el alma nuestra vista. Vemos en un cuadro reproducida la tempestad, las nubes negras y amontonadas, el resplandor del relámpago, la oscuridad y la lluvia; mas es en vano buscar en él el terrible estampido del trueno, el rugido del vendaval ni el azote de la lluvia: vemos en un hermoso paisaje dibujadas las montañas, los árboles, los sombríos valles, las aves ligeras; pero echamos de menos el crujido del viento que cruza por las cimas, el débil arrullo del aura que estremece las hojas, y el melodioso trinar de los pajarillos.»

Tal, amigo mio, cierto dia que nos lamentábamos de la pequeñez del arte para copiar la naturaleza, decíame con amargura, censurando así al hombre, que con soberbio orgullo se cree la criatura perfecta. Estas palabras, que entonces dejé olvidar sin detenerme en ellas, han venido ahora á grabarse en mi memoria; porque efectivamente los sonidos, siquiera sean los más ingratos, tienen tambien encantos y misterios que no podemos conocer. Así me lo ha hecho creer una tarde de este otoño, en que lejos de la sociedad vagaba libremente mi pensamiento en la soledad de los campos.

Aquella tarde era una poética imagen del descanso de la criatura en el tranquilo sueño de la noche eterna. Hay en el crepúsculo vespertino cierto encanto inexplicable que narcotiza al alma y la hace desfallecer en muéle y voluptuoso abandono. Aquella calma inapreciable, aquella luz sin sol, aquella atmósfera ligera, aquella completa quietud de la naturaleza, entumescen vuestro espíritu é involuntariamente os hacen cerrar los ojos para no pensar y ser feliz. ¡Oh! si existe la felicidad, si hay momentos en que el hombre disfruta de ese bien desconocido, es sin duda cuando rodea á nuestra alma sensaciones diversas, sin que el pensamiento se detenga ni fije en ninguna de ellas. Gozar sin apreciar el goce, sin conocer la causa que le proporciona, hé aquí el estado feliz: en el instante en que el pensamiento distingue y se identifica con cualquiera de las sensaciones que adormecen el alma, desaparecerá el éstasis, desaparecerá la felicidad.

Pero en medio de esa inercia del pensamiento, de ese descanso indefinible del espíritu y de la materia, vendrá á sorprenderos el sonido, y á localizar vuestras sensaciones. No existen en la naturaleza ni una oscuridad completa, ni un silencio absoluto. Durante la noche más tenebrosa discurren ráfagas de luz apenas perceptibles, y en el desierto más inhabitado llegan hasta nosotros sonidos débiles, y por decirlo así, impalpables: si cerramos nuestros ojos y cubrimos nuestros oídos, aun vemos dentro de nosotros mismos lucecillas estrañas y sentimos rumores confusos.

Al recibir el alma la impresión de un sonido cualquiera, se rehace y adquiere de nuevo sus funciones, y las primeras ideas que entonces le asaltan no se borran jamás de la memoria. No es vana quimera: olvidamos tal vez los sucesos más grandes, mientras que cualquiera circunstancia puede recordarnos escenas insignificantes. El que al despertar de tranquilo sueño oyó el toque de diana de una corneta ó el canto matutino del gallo, no olvidará jamás esa mañana, porque adquirió en ella sus primeras ideas por medio de los sonidos. Las sensaciones que nos trasmite el oído son más imperecederas que las que nos presta la vista. El que cruzó los pintorescos valles de la Suiza recuerda el estrépito de las montañas de nieve al desgajarse de las alturas, mas aun que la vista de los precipicios; conserva mejor aquellos sonidos inapreciables que se deshacen en ecos elásticos por entre las quebraduras de las rocas, que el salto de las cabras y la forma de las montañas. No es el fuego del rayo lo que aterra á las criaturas durante la tempestad; es el trueno, esa inmensa mole de sonidos que nos circunda de horror y de espanto, lo que más las estremece. Si hubiéramos presenciado la creación, no sería Dios, sino la voz de Dios lo que viviría en nuestra alma; el *fiat lux* encierra mas grandeza que la misma luz.

Me hallaba reclinado sobre la falda de una montaña. A mis piés un profundo y negruzco valle se ensanchaba gradualmente hasta tocar con la llanura; los lados de aquel valle, en cuyos extremos apenas se divisaban los seculares pinos, parecían dos gigantes centinelas que guardasen la puerta de las montañas: por entre sus rocas de espejuelo, que quebraban

en mil colores los últimos rayos de luz, un pequeño arroyo saltaba de cascada en cascada hasta perderse en el riachuelo que lamia suavemente los pies de la cordillera. Allí se distinguían algunas casitas agrupadas y medio envueltas por las sombras de las montañas; y mas lejos la estensa campiña formaba vago é indefinido horizonte.

¿No habeis sentido alguna vez en medio de la quietud de la naturaleza, en la soledad de los campos y al acercarse la noche con paso majestuoso, deseos irresistibles de abandonar vuestra imaginación á su libre albedrío, sin trazarla senda determinada? ¿Y no os ha arrebatado entonces esa magnífica armonía del silencio, interrumpida de vez en cuando por alguna nota perdida en los aires, que antes hiere vuestro corazón que vuestro oído? Tal, amigo mio, me sucedió á mí en esa tarde de calma y de meditacion. Debilitáronse mis fuerzas, se cerraron mis ojos, y libre mi pensamiento corria de ilusion en ilusion, como vuela de flor en flor la mariposa. Ya trazaba con admirable presteza cuadros de amor y de ventura; ya saltando en el inmenso espacio cruzaba con ligerísimo vuelo por entre soles brillantísimos; ora jugaba con espíritus de faz divina y de delicadas formas, ó bien se posaba un momento sobre la imagen de la muger amada, para recoger de sus labios un suspiro, y correr gozoso con él por campos fantásticos de amor y felicidad. Poco después mi pensamiento se deshizo, y en vano quisiera recordar su última concepcion: así se entumece el alma al empezar el sueño, para adquirir después la vida y el brio que no tiene durante velamos.

La voz de un labrador vino entonces á levantar á mi pensamiento de su inerte postracion: aquella voz subia desde la llanura á chocar contra las rocas, que la repetian sucesivamente como el alerta de los centinelas de una plaza. Mi imaginación figuraba ya un campo cercano y el movimiento acompañado del labrador, cuando me sorprendió á mi izquierda el esquileo de un rebaño, cuyo ruido repentino me demostró que desembocaba de entre algún desfiladero. El ladrido del perro se mezclaba con el incansante balido de las ovejas, que era interrumpido de vez en cuando por la voz lejana del pastor. Todos esos sonidos formaban cierta melancólica armonía que alzándose del centro del valle parecia que daba animación á las rocas solitarias. Poco á poco fué alejándose aquel monótono ruido, que ora se debilitaba, ora se oía distintamente, como si el ganado marchase por un camino quebrado: yo creia ver las ondulaciones que haria el rebaño subiendo y bajando por entre las asperezas de la montaña. Mientras tanto dos voces dulces y melodiosas, que cantaban alegremente tonadillas populares, se dejaron oír sobre la llanura; estas voces, apenas perceptibles al principio, fuéronse aumentando gradualmente hasta confundirse con la del labrador, desapareciendo en los rodeos del camino. Otra voz triste y melancólica se oía á intervalos, pero siempre con la misma intensidad; era sin duda algún joven que sentado allá á gran distancia cantaba libremente sus amores. ¡Oh! qué dulce es escuchar esos cantos de amor, tiernísimos quejidos que exhala el alma dolorida... Mis ojos se abrieron para dejar paso á las lágrimas... ¡Quién no ha amado! y quién en la soledad de los campos al recordar sus horas de amor no ha sentido en su corazón cierta voz que esclama: «¡jamada mia! ¡bien de mi vida!...» ¡Y quién no ha creído entonces escuchar á su lado otra voz apenas perceptible que entre débil suspiro contesta: «¡te amo!...» ¡Ay! yo volví la cabeza... pero solo hallé la soledad.

Cuando mas embobada estaba mi imaginación en esas dulces al par que tristísimas ideas, se dejó oír allá sobre el horizonte, y por decirlo así en último término, el toque de una campana. ¿No habeis escuchado en una tarde tranquila y en medio de estensa llanura el lejano tañido de la campana? Viene á nuestros oídos dominando todos los demás sonidos de la campiña; su sorda vibración se arrastra pesadamente sobre la superficie de la tierra, y al llegar á nosotros su tristísimo eco parece que se levanta majestuoso sobre la atmósfera para elevarse hasta Dios. Nuestro pensamiento sigue su melancólica huella.

Hay sonidos que son sublimes por su misteriosa significación. Yo olvidé en seguida que en ese cuadro que he trazado, el eco de la campana marcaria en último término una torre, para entregarme exclusivamente á las ideas que la campana despierta. Ese sonido parece que vela por nosotros, preside nuestro nacimiento y nuestra muerte, nos acompaña alegre en nuestras diversiones, y su funebre eco va á saludar nuestra tumba. El tañido de la campana es nuestro mismo pensamiento: es triste cuando estamos tristes; nos es grato en la soledad, porque nos sirve de compañía; le aborrecemos en nuestros placeres y nuestras orgías, porque como amigo vigilante penetra allí á anunciarnos nuestro mal; y el hombre es tan egoísta, que odia al que le señala la senda por donde camina á su perdición.

PRIMITIVO ANDRÉS CARDAÑO.

RECUERDOS DE VIAJE.

Á MI AMIGO

D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Montfontaine.—El parque y el palacio.—Ermenonville.—Sepulcro de J. J. Rousseau.—Mr. Emilio de Girardin.—Chantilly.—El palacio y los jardines.—Enghien y Montmorency.

No espereis, amigo mio, que os regale con algunas impresiones de viaje; gracias al cielo esta tentación no ha pasado nunca por mi mente; además el novelista Dumas y compañía las han desacreditado tanto, que el nombre solo horripila y hace cerrar de prisa el libro que las contiene. ¿Ni qué impresiones podía yo comunicaros, cuando ni por mar ni por tierra, durante mis peregrinaciones de diez años, he tropezado con acontecimiento alguno digno de mención? Para mí ha estado siempre la mar tranquila y el cielo sereno; ni una tempestad, ni un encuentro con los piratas, ni un buque que hace agua ni la pérdida del palo mayor, ni una marejada furiosa, ni un cambio de rumbo forzado por las olas embravecidas; antes al contrario siempre un cielo despejado, las aguas como una tersa llanura, un buque bien acondicionado, un camarote limpio, una comida regular y un sueño tran-

quilo. Esto en cuanto á viajar por mar; y por tierra, cómodo carruaje, conductores y mayores como lo son todos, posadas poco mas ó menos iguales, comidas como las posadas, compañeros de viaje amables y adustos, y ni un vuelco, ni ladrones, á cuyas desagradables escenas son tan aficionados los ingleses, ni nada en fin que merezca llamar la atención.

Será acaso que el amigo Dumas y compañeros son los únicos predestinados para que les acontezcan tantos y tan varios accidentes como se complacen en relatar. Por mi fé que no les envidio si tal distinción les ha sido concedida; aun cuando creo firmemente que en todas sus relaciones haya mas de invención que de exacta realidad. ¿Recordais el viaje del dramaturgo por España, por esa España que su fantasía creó, y que nosotros, españoles, no conocemos ni hemos visto nunca? Pues, *ab uno disce omnes*: quiero decir, que si tan exacto anduvo en su descripción, como el cabelludo Gauthier, y el antiguo elegante Roger de Beauvoir en las suyas, no es extraño que el solo título de viajes cause tal ataque de nervios, que ponga al lector á las puertas de la muerte. Baste de escusas, y al asunto.

Una mañana de mayo, tan alegre, serena y apacible como lo son por lo general en París, que muchos llaman la capital del mundo civilizado, sin que yo por mi parte trate de negarla ni conceder tan ambicioso título, dejamos sus tapias, y nos alejamos de su entonces comenzadas fortificaciones, tres amigos, y el que estas líneas escribe, caballeros, ó mas bien, muellemente arrellanados en una cómoda silla de postas, velozmente tirada por diez y seis pies de cuatro caballos, conducidos por un hábil postillon. Las aves saludaban alegremente el nuevo sol que asomaba radiante y claro por la senda que le marcara la aurora, como dicen los poetas. Por lo que respecta á aquel día tuvieron razon los vates, que aunque no siempre piutan las cosas como son en sí, el día que aprovechamos para nuestra escursión llenaba completamente las tantas y repetidas descripciones de sus brillantes fantasías.

La mañana era pues clara y apacible; el ceñirillo que corria, grato y bonancible, y la carrera de nuestra silla algo menos veloz que el viento.

Convento en que la industria, el comercio y los intereses materiales de los pueblos, en general, han ganado considerablemente con la grandiosa y útil invención de los caminos de hierro; convengo tambien en que es gran cosa llegar en pocas horas al punto distante donde nos espera una muger amante, una familia cariñosa, un amigo fiel y leal, cosa en verdad no muy comun, ó un negocio que exija nuestra presencia y una resolución pronta; no negaré tampoco que para la vida á escape de nuestro siglo ilustrado, los ferro-carriles no tan solo son un invento útil, sino indispensable su establecimiento; pero si negaré á pié juntillas, que las vias ferradas, y sus cómodos coches, y su velocidad casi aérea puedan proporcionar al que viaje por su placer, las mismas sensaciones que una silla de posta. Desde ella, al trote de los corceles, puede tranquilamente y al paso estasiarse con el magnífico y variado panorama que se presenta á nuestra vista; contemplar la verde pradera, el valle frondoso, los altos montes, las trabajadas colinas; y hasta los vaivenes del carruaje, si la calzada no se encuentra perfectamente nivelada, sirven para materia de reflexión pasajera. Un viaje en silla de posta es un manantial inagotable de reflexiones y de asombro: admírase desde ella al pasar, la quinta deliciosa, precedida de un parque mucho mas delicioso todavía, situado á la orilla del camino; la joven esbelta y bella que tras la reja que la cierra, espera al objeto de su amor, que cree ver llegar á cada instante, y que engañada por el acompasado pisar de los caballos, cree llegado el momento de su ventura, y frunce las cejas, y vuelve el rostro encendido é indignado, al ver que asiste al paso de unos curiosos viajeros; los niños juguetones que, libres del encierro del colegio, corren presurosos para veros, y gritar ó silbaros si estan de buen humor; al aya prudente y reflexiva que con un libro en la mano, probablemente una novela de Walter-Scott, se halla sentada en un banco alfombrado de verde césped, dignándose levantar apenas el rostro á vuestro paso; el labriego que afanado en sus tareas campesinas, os contempla un momento aprovechándolo para limpiarse el sudor que corre por sus tostadas mejillas; el pordiosero que con tono suplicante os alarga su mano implorando una limosna; los guardas del camino con su banderola terciada, y su pala al hombro, que se apresta á llenar de menuda piedra los hoyos del camino; los gendarmes con reposado y marcial continente, marchando al tranquilo paso de los caballos, y observando con atención un breve momento; el carretero que tendido sobre las duras maderas de su carreta, apenas se digna miraros, separando con un grito á sus jamelgos de su marcha directa, para dejar el paso libre á vuestro vehículo; el sordo murmullo de las compuertas de un molino, las agudas flechas del campanario de la aldea que atravesais, cual imponente enseña de que bajo su cúspide se adora al Dios de la creación; el novelesco enjambre de chiquillos que gritan y corren en vuestro derredor pidiéndoos algo al atravesar el pueblo; los juramentos y votos del maestro de postas, cuando ve llegar fatigados á sus caballos, ó no estan prontamente dispuestos los que les han de reempazar; la faz avinagrada de la posadera, si no os deteneis á descansar y comer una rancia tortilla ó un pollo asado que ha sufrido ya varias repulsas de los viajeros que os han precedido; y en fin, la sonrisa ó el mal humor que se retratan en la faz del postillon cuando al despediros le habeis ó no dado una buena propina por su celo, deseando un viaje feliz, ó guardando un profundo silencio, si la moneda no ha correspondido á sus esperanzas; todo esto, amigo mio, os da materia para mil reflexiones y no escasas observaciones, por poco inclinado que seais á meditar, y por muy poco tambien que vuestros compañeros de viaje os secunden.

Empaquetémonos por el contrario en un coche ó wagon, usando el término técnico, con el objeto de contemplar las bellezas del país que recorramos, y decidme por mi vida, si llegados al término de vuestro viaje, podeis daros razon á vos mismo, y mucho menos á los demás, de las bellezas del paisaje, la limpieza de las quintas que se encuentran al paso, los trajes de los habitantes, la simetría de los jardines, la belleza de los árboles, lo bien trabajado de los campos, y otras mil variadas perspectivas que han de escapar forzosamente á vuestra atención. Ni es posible otra cosa en verdad; colocados en vuestro

asiento, por mas cómodo que sea, entre seis ú ocho personas indiferentes, sin mas vistas que las que podais alcanzar al través del ventanillo, y llevado con una velocidad increíble, apenas teneis tiempo de fijar vuestra atención en objeto alguno, cuando ya otro ha venido á reemplazarle. Compartiendo vuestra atención entre examinar las caras y ademanes de vuestros improvisados compañeros de viaje, y el país que vais velozmente recorriendo, salís de vuestro coche sin conocer á los unos ni dar razon alguna del otro. Pero habeis andado unas cuantas leguas por camino de hierro, llevando en vuestros bolsillos cierta cantidad de placer, para disfrutar de él al bajar del cofre ó maleta donde os empaquetaron cómodamente, y esto basta: el par de horas perdidas y sin provecho «para el goce, se entiende», nada valen. ¿Y qué importan dos horas, cuando se puede decir al regresar: «hoy he andado treinta leguas para gozar de un día de campo, y heme ya de vuelta?»

No quiero ni aun mentar aquí el capítulo de aventuras. Cuando apenas se tiene tiempo de reparar si es fea ó bonita, reservada ó alegre, joven ó vieja, con ojos rasgados y rutilantes, ó mirando cada uno á los diferentes polos, amable ó hurraña la que vuestra buena ó mala suerte os deparó á vuestro lado, no hay posibilidad alguna de dejar lucir vuestro ingenio y trabar amistad ni aun pasajera; mucho menos la hay tampoco, después de las primeras preguntas indispensables, cuando teneis delante el porvenir de algunas horas, y cuando el ardiente Febo da lugar á las tinieblas, el dejar caer como por descuido vuestra mano, que encuentra á su paso otra suave y delicada que se estrecha á su encuentro, ni el magnetismo encantador que produce la aspiración de un hálito amoroso que percibís muy cerca de vos, ni la dulce confianza que se establece entre dos seres, ni la mirada lánguida y temerosa que quiere penetrar hasta el fondo de vuestra alma, ni las ilusiones de la mente que forma mil cálculos para en adelante, ni el orgullo y satisfacción del amor propio, al veros comprometido en una aventura que siempre se presenta risueña y agradable. No, amigo mio; en los caminos de hierro no se encuentra materia para hilvanar novela alguna. Llegar pronto es su objeto único y absoluto.

El que este beneficio inventó para el bien material de las naciones, debió ser precisamente un comerciante casado y celoso: así previó y dispuso el medio de trasportar á su querida mitad á muchas leguas de distancia, sin darle tiempo de que llegaran á impresionarla las cantinelas de algún desocupado que viajara junto ella; ni tampoco el dejarla abandonada muchas horas á sí misma; que la gravedad y reserva de una muger á quien se ve por la vez primera no es fácil hacérsela disminuir en corto tiempo.

Felices pues una y tres veces los ferro-carriles; pero os digo y repito una y mil veces, que con ellos acabó la poesía de los viajes: denme pues cuando haya yo de viajar por solo el placer de viajar, una buena silla de postas, excelentes calzadas y fondas cómodas, y os abandono los trenes y su velocidad. Quiero disfrutar de la vida paso á paso y con mesura, y no encerrarme entre cuatro tablas como un mueble cualquiera.

Emprendo pues mi escursión.

Pocos momentos después de abandonar á París, y cuando todavía aspirábamos el humo de las chimeneas del poblado arrabal de Saint-Denis, arrabal por el nombre, pero que forma una buena parte de la población de la gran capital, nos encontramos ya en las calles de la villa ó pueblo que toma el título de la suntuosa y antiquísima basílica que fué un tiempo sombría sepultura de los reyes de Francia. Sus agudas flechas, entonces de completa restauración, desde que los demolidores de 93 las habian destruido en uso de sus derechos, y lo que es mas, en nombre de la libertad, que de una manera harto vandálica interpretaban, se destacaban en el horizonte, como atrevida enseña de que bajo su cúspide se abrigaban los restos mortales de los que un día elevaron á la Francia á un rango superior entre las naciones conocidas; que lo que los hombres y los pueblos olvidan con prontitud sobrada, la religion lo acoge y lo ampara con maternal cuidado para siempre. Por muy escéptico y mundanal que se sea, el alma, al entrar en aquella espaciosa bóveda, y al recorrer los sepulcros de los reyes que se amparan sobre las gradas del presbiterio, se siente poseída de un religioso sentimiento. Si no se oyen ya, en las altas horas de la noche, resonar en aquel santo templo los cantos de los monjes que un tiempo custodiaban aquel regio depósito; y si tampoco se oyen las plegarias que los antiguos caballeros elevaban al cielo al tomar los jefes de la Francia la sagrada oriflama para combatir con ella á los enemigos de la fé cristiana, no es por eso menos cierto que la antigua abadía de San Dionisio conserva aquel sagrado aspecto que por tanto tiempo la dieron sus fundadores y poderosos protectores. En sus muros se encierra toda la historia de una nación guerrera y grande, y no hay piedra alguna en toda ella que no ofrezca un recuerdo de una acción noble, y de un hecho de armas glorioso. Si el silencio es en el día su principal ornamento, tambien el silencio tiene su enseñanza, y un misterioso perfume, que nos impresiona profundamente.

Mis tres compañeros de viaje tenían cada uno su diferente carácter. Grave y mesurado el mas anciano, habiendo ocupado, y aun ocupando en el día un alto puesto en la gobernación española, veia y examinábalo todo con esa atención escrupulosa y esa reserva entendida, que solo se dejaba traslucir por sus observaciones oportunas y su justa admiración: los que nos guiaban por aquel claustro subterráneo quedaron varias veces sorprendidos de que un extranjero pudiera darles lecciones de su historia. Es verdad que el carácter francés es de suyo petulante, y no cree que nadie pueda aventajarle en saber.

Era el segundo de genio alegre, y divertido; y aun cuando iniciado en los secretos de la diplomacia, mas se cuidaba del exterior de los objetos que de su íntimo significado; á no dudar hubiera preferido ver animarse la marmórea estatua de Ana de Bretaña, para dirigirla una de sus floridas felicitaciones, que la grave figura de Dagoberto ó de Carlos Martel. Esa idea, sin duda, era la que le obligaba á marchar siempre á nuestra vanguardia, en pos del retrato de las bellas reinas y damas allí depositadas. Desgraciadamente todas permanecieron inmóviles en sus lechos sepulcrales.

(Continuará.)

LUIS MIQUEL Y ROCA.

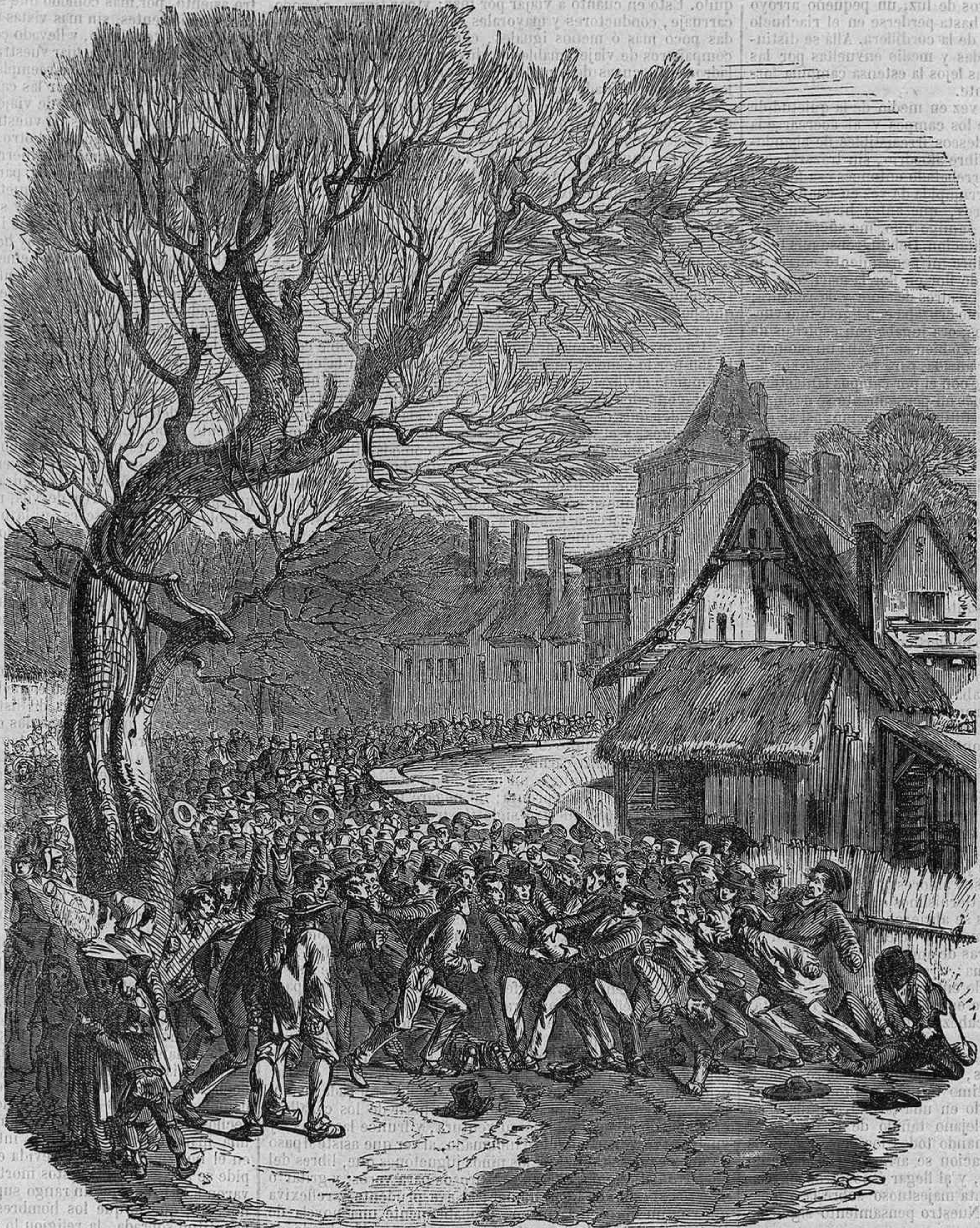
La pelota normanda.

No se trata aquí de ese juego en que tanto sobresalen los naturales de nuestras provincias vascongadas, sino de una antigua costumbre, propia de algunos departamentos franceses, y particularmente de la Baja Normandía, costumbre que, aunque abolida hoy, merece no obstante reproducirse, como lo hacemos, en grabado.

Los recuerdos antiguos van borrándose poco á poco por la acción de las circunstancias generales, que en todos los países tienden á uniformar las costumbres; y preciso es confesar que entre los hábitos populares franceses, hay muchos cuyo olvido es de sentir muy poco, como sucede con el juego mal llamado de la *pelota*, suprimido hace poco tiempo por la autoridad, como medida de orden y de seguridad pública, en el distrito de Domfrond.

Este juego, de procedencia gala, y cuya antigua significación nunca han podido averiguar los eruditos, solo era para los aldeanos de la Baja-Normandía, un motivo de disputas sin término, y un pretexto para todo género de desórdenes. Y sin embargo, aunque hoy está prohibido, tuvo, durante muchos años, fuerza de ley, y las mismas autoridades lo protegían y fomentaban en las diversiones públicas.

El martes de carnaval era cuando en muchos distritos del Norte (Breña y Normandía), los aldeanos se disputaban con encarnizamiento la *pelota* (especie de bola gruesa de cuero, llena de salvado). Generalmente se dividían en dos bandos ó partidos, para arrebatarla unos á otros: la *pelota*, muy adornada de cintas de diversos colores, y arrojada por el alcalde del pueblo, caía entre los dos ejércitos rivales, que se lanzaban desesperados á cogerla, revolviéndose unos sobre otros, arrastrándose por el suelo, atravesando ro-



La pelota normanda.

cas y ríos, y dirigidos por el alcalde, se no pocas veces golpes mortales. La victoria era de aquel que, á pesar de los esfuerzos del enemigo, conseguía meter la *pelota* en una casa designada de antemano. Este honor casi siempre era perjudicial al inquilino de ella, pues los *peloteros* (así se llamaban los jugadores) ponían á contribución sus provisiones y su bodega.

Hubo tiempo en que la fiesta no era completa si no ocurría alguna muerte: últimamente se contentaban con que hubiese contusiones ó fracturas de miembros: la barbarie iba disminuyendo, pero siempre era barbarie. Esto último quiere decir que la disposición que ha suprimido el juego de la *pelota normanda*, ha herido la institución gala en medio de su decadencia.

D. PEDRO II, EMPERADOR DEL BRASIL.

Existe en América un país que la Europa solo conoce de nombre: su príncipe desciende legítimamente de las tres primeras familias reales conocidas: la de Borbon, la de Austria y la de Braganza, y se llama D. Pedro II, hijo de D. Pedro I de Braganza y Borbon, y de la archiduquesa de Austria Leopoldina, hermana de María Luisa, que fué emperatriz de los franceses. El país en que reina dicho príncipe es el Brasil, vasto imperio, que estiende sobre el Océano nuevecientos leguas de costas, y el cual atraviesan en todas direcciones los mejores ríos del mundo; region riquísima y fértil entre todas, cuyo clima es templado y saludable, y que se lanza con paso firme y seguro hácia el magnífico porvenir que el cielo le tiene reservado.

Este príncipe y este país merecen por lo mismo ser conocidos.

El Brasil no era mas que una simple colonia de Portugal, cuando en 1807 la reina Doña María, su hijo D. Juan VI y toda la familia real de Braganza, huyendo de las armas victoriosas del emperador Napoleon, abandonaron á Lisboa para buscar un asilo y un trono en Rio-Janeiro. Desde entonces se cambiaron los papeles; la metrópoli se convirtió en

colonia y la colonia se elevó al rango de metrópoli. Rio-Janeiro fué la capital del reino de Portugal hasta 1824, en que estalló un movimiento liberal en Lisboa, en Oporto y en las principales ciudades de la antigua Lusitania. El peligro era grave y el rey no vaciló un momento: á fin de conservar sus posesiones europeas, se embarcó inmediatamente para Lisboa con su familia, dejando en Rio-Janeiro, con el cargo de regente, á su hijo mayor D. Pedro, que acababa de unirse á la archiduquesa Leopoldina.

D. Juan era un hábil político: de las dos mitades de su corona, estaba seguro de que iba á perder una. Si permanecía en el Brasil, se emancipaba el Portugal; si dejaba á Rio-Janeiro, el Brasil, independiente de hecho, debía propender á su separación de Portugal. En aquella alternativa el monarca tomó el partido que le proporcionaba mas probabilidades de conservar ambos estados bajo el mismo cetro, ó al menos de mantenerlos bajo la dominación de su familia. Esperaba que su hijo el regente contendría las tendencias revolucionarias del carácter americano; pero si la revolución llegaba á predominar, si el odio á la metrópoli arrastraba al Brasil á la independencia, D. Pedro debía aprovecharse del movimiento, y la antigua monarquía portuguesa ofrecería dos tronos, en vez de uno, á la casa de Braganza.

Esta última eventualidad debía realizarse; ningún poder humano pudo detener el curso de los acontecimientos. Lisboa no había olvidado las tradiciones de la supremacía metropolitana; pero el Brasil, que había vivido durante quince años entregado á sí mismo, no se avino á cargar de nuevo con las cadenas coloniales, y se levantó en masa para rechazarlas.

D. Pedro era un príncipe dotado de grandes cualidades, un caballero de los tiempos antiguos,



Aventuras de Carnage.

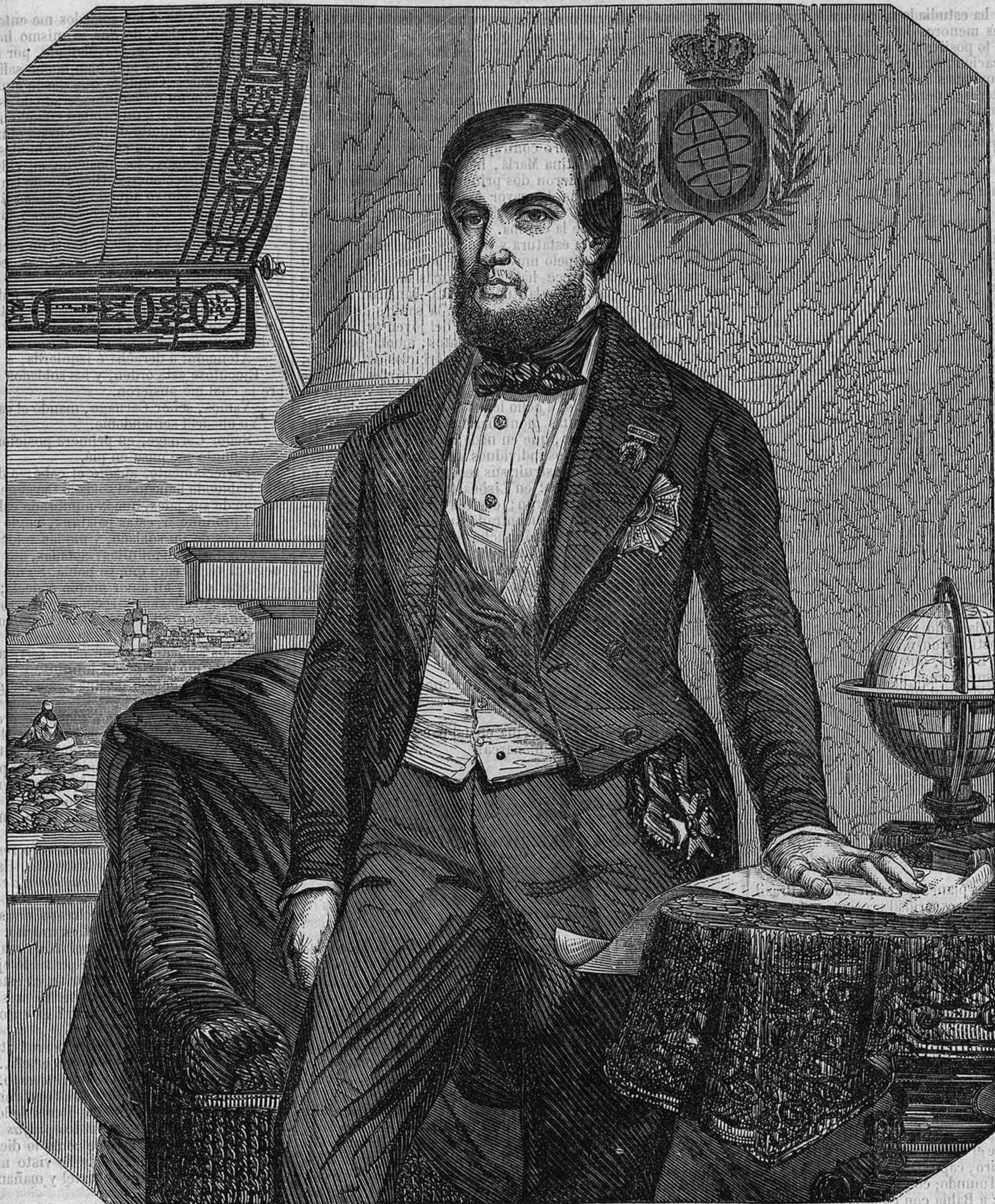


Aventuras de Carnage.

mas que un monarca; siempre estaba dispuesto á tomar resoluciones generosas y atrevidas. Conoció al punto que el movimiento del Brasil era irresistible, y se mezcla en él para dirigirlo, para contenerlo y para obedecer á sus principios. Proclamó solemnemente la independencia del Brasil, separado para siempre de Portugal, y el Brasil, por su parte, le proclamó su emperador. Obedeciendo á las exigencias del siglo y de las revoluciones, convocó inmediatamente una asamblea para que formulase la constitucion que debía regir en el nuevo imperio.

La guerra con Portugal fué corta; algunos buques brasileños cruzaron delante del Tajo y se apoderaron de unos cuantos barcos mercantes; el comercio de Lisboa puso el grito en el cielo, y el rey Juan VI se vió obligado á reconocer la independencia de su antigua colonia.

La asamblea reunida en Rio-Janeiro fatigaba al emperador con sus intrigas revolucionarias; los trabajos iban con lentitud y el país se desmoralizaba. Don Pedro tomó una de esas grandes resoluciones que salvan á los pueblos y que siempre salen bien, cuando se ejecutan con mano fuerte: disolvió la asamblea y dió una constitucion al Brasil. Esta carta, admirablemente adaptada á los instintos y á las necesidades del pueblo, es la que hoy rige en tan vasto imperio. En medio de esas constituciones que desaparecen unas tras otras en la América del Sur, la del Brasil se ha sostenido



D. Pedro II, emperador del Brasil.

fielmente observada, debiendo notarse que solo hay en el mundo dos leyes fundamentales mas antiguas que ella, á saber: el myto inglés ó carta inglesa, y la constitucion federal de los Estados-Unidos.

El 25 de mayo de 1825 fué proclamada y jurada la Constitucion brasileña; el 2 de diciembre del mismo año vino al mundo D. Pedro II.

Poco después ocurrieron en Portugal graves acontecimientos. La muerte de D. Juan VI habia dejado el trono vacante, y el infante D. Miguel habia usurpado el poder supremo, en perjuicio de los derechos de Doña Maria, en cuyo favor abdicó su padre. Los instintos caballerescos se despertaron de nuevo en el alma de D. Pedro, que se empeñó en defender los derechos de su hija contra la usurpacion de su hermano. Algunos movimientos anárquicos habian agitado el Brasil, y Rio-Janeiro se conmovió el 7 de abril de 1831. Esto le sirvió de pretesto para abdicar la corona imperial: conocia que su hijo la ceñiria con toda seguridad, y no ignoraba que la de su hija estaba comprometida. D. Pedro pues acudió al punto del peligro y de los obstáculos, y se embarcó para Europa.

Sabida es la fabulosa Odisea del real paladin, que con unos cuantos buques y algunos miles de soldados, reclutados con trabajo en Francia y en Inglaterra, atacó á D. Miguel en el centro de Portugal, batió y reunió después á las suyas las tropas del usurpador, tomó sus ciudades fortificadas, y en pocos meses de lucha arrancó á su hermano el cetro y lo entregó á la legítima soberana de Portugal, la reina Doña Maria de la Gloria, su graciosa hija. La audacia y bravura que desplegó D. Pedro en aquella campaña hacen creibles todas las hazañas de la edad media; pero no trabajó únicamente para los Ariostos, sino para la historia, que reservará á su nombre un puesto distinguido entre los legisladores de los pueblos: mucho fué lo que hizo por el Brasil, y no menos lo que le hizo acreedor al amor del Portugal, al cual libertó de una tiranía intolerable, dotándolo con un código de instituciones liberales, único dique que opone aquel país á las irrupciones de la anarquía.

D. Pedro II fué proclamado emperador á la edad de cinco

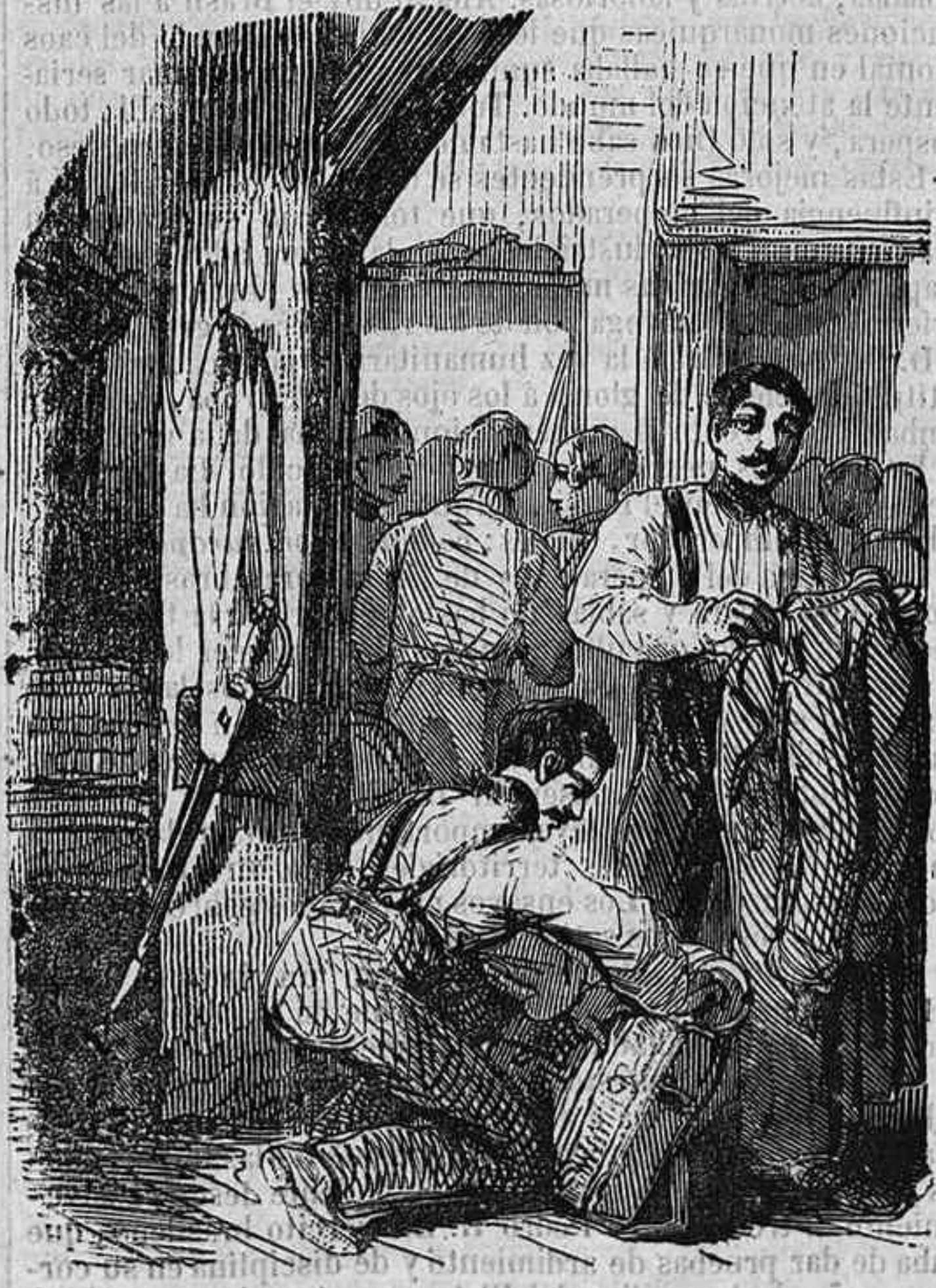
años y algunos meses. Un consejo de regencia, compuesto de tres individuos, tomó las riendas del gobierno, las cuales pasaron pronto á manos de un solo regente. La educacion del joven emperador fué perfecta, y sus felices disposiciones y su aficion al estudio hicieron fructificar en breve las lecciones de sus preceptores. Sus dos hermanas, Doña Januaria, casada en 1844 con el conde de Aquila, hermano del rey de Nápoles, y Doña Francisca, que dió la mano en 1843 al príncipe de Joinville, dividieron con el mismo ardor sus variados y serios estudios, y cuantos han frecuentado la corte de Luis Felipe saben que no hay princesa de tanto talento como la esposa del príncipe de Joinville.

En 23 de julio de 1840 fué declarado D. Pedro II mayor de edad y entró á ejercer el poder supremo: tenia quince años escasos.

Para juzgar al joven emperador, para apreciar su prudencia, sagacidad y resolucion, seria preciso seguir paso á paso la historia del Brasil durante los últimos diez años. En cada nuevo incidente se encontrarán en él las cualidades que revelan los grandes monarcas, admirando por la precoz madurez de sus observaciones á la brillante pléyada de hombres de Estado que dirige á su impulso, la política brasileña. Ninguno de sus mas eminentes consejeros conoce como él los secretos de la política en las cuestiones internacionales, así como en las cuestiones de partido, que crea el mecanismo consti-



Aventuras de Carnaúba.



Aventuras de Carnaúba.

tucional. Nadie, como él, ha estudiado ni conoce la máquina administrativa hasta en sus menores detalles. Dicha máquina se ha simplificado allí todo lo posible por medio de un sistema inteligente de descentralización, que deja á los consejos y á los gobernadores de las provincias la resolución de todos los negocios que no son de interés general.

D. Pedro II ama apasionadamente al Brasil, y posee en el mas alto grado el sentimiento de sus deberes como monarca: ellos son los que le han sostenido en su trabajo incansable de conocer los hombres y las cosas, en lo cual consiste la verdadera ciencia del gobierno. Su prodigiosa facilidad, su aptitud para observar y comprenderlo todo, han hecho desaparecer para él las dificultades.

Los que se acercan al emperador se admiran del aire de familia que en él se nota, unido á una reserva natural y modesta. Su rostro revela bondad y perfecto sosiego. Sabe oír á todos, y se entretiene agradablemente hablando con personas instruidas. No hay cuestion que no aborde con notable superioridad, y discute perfectamente de política, comercio, literatura, historia, poesía, ciencias naturales, físicas y matemáticas. Todos los brasileños califican á su joven príncipe de una manera que pone de manifiesto un legítimo orgullo, y en este retrato, trazado por recuerdos de conversaciones fugitivas, se olvida algo sin duda, pero nada se añade. D. Pedro escribe y habla muy bien el francés, el inglés, el alemán, el español y el italiano; y como se expresa con sus interlocutores no solo en el idioma que comprenden, sino en la ciencia que les es familiar, todos se retiran asombrados de que aquella cabeza enciclopédica ciña una corona, y se vea adornada con los cabellos de un joven de veintisiete años.

Los monarcas escriben pocas veces para el público, y así es casi imposible apreciarlos por las obras de su ingenio. En algunas piezas diplomáticas, publicadas en Rio-Janeiro con motivo de las quejas del Brasil contra Rosas, existe parte de una conversacion del emperador con el general Guido, ministro plenipotenciario de Buenos-Aires. Dicho general refiere la entrevista á su gobierno, y no puede sospecharse que desee adular al augusto personaje. Al habérselas este con un diplomático de consumada habilidad, no pierde un instante sus ventajas, y resume la cuestion con maravillosa sencillez y con la calma del hombre de Estado, que desprecia las exageraciones. Recomienda al mismo tiempo una solucion pacífica, dejando comprender que solo en el último caso recurrirá á las armas, porque para su alma elevada el interés de la humanidad es mucho mas sagrado que el de la gloria que se conquista con la punta de la espada. Al leer tan preciosas revelaciones se siente uno subyugado por un profundo respeto hacia ese joven emperador, que con tanto empeño protege las fortunas y las vidas de sus súbditos. D. Pedro II, que nada olvida, recuerda muy bien que su minoría trascurrió entre tempestades políticas, y no cesa de aprender en la escuela de los trastornos que agitan al antiguo mundo: por eso quiere conservar á toda costa en su vasto imperio los beneficios de la paz.

Felizmente para los grandes planes del emperador, el Brasil empieza á comprender que su prosperidad presente y futura, que el inmenso desarrollo de su poblacion, de su comercio y de su civilizacion, fuentes de todas las riquezas, dependen del mantenimiento de la paz y de la tranquilidad interior: con la paz, con el orden, con el afianzamiento de las instituciones liberales y conservadoras que posee, así como con el respeto á las leyes, no pueden fijarse límites al magnifico porvenir que el cielo tiene reservado á aquel país dichoso.

¿Se sabe lo que es el Brasil? Examinemos una carta geográfica: se extiende á lo largo del Océano, desde el segundo grado de latitud Norte hasta el treinta y uno de latitud Sur: es un terreno de quinientas leguas, bañado por millares de rios y de canales naturales, por los cuales lleva el comercio la vida á los puntos mas distantes del interior; su suelo produce casi sin cultivo todas las plantas de Europa, Asia y Africa; su clima es mejor que el de Nápoles y Cádiz; cuenta entre sus ciudades á Rio-Janeiro, capital del imperio, uno de los puertos mas comerciales del mundo, con doscientas ochenta y seis mil almas de poblacion; á Bahia con ciento cuarenta mil; á Pernambuco con sesenta mil; á Maranhao con treinta y cinco mil, y á Para, Santos, Porto-Alegre, Ceara, Macejo, Rio-Grande, Espiritu Santo, Cotiniquiba, Campos y otras, muy pobladas, activas y laboriosas. Afecto hoy el Brasil á las instituciones monárquicas que le protegen, va saliendo del caos colonial en que se hallaba sumido, y empieza á llamar seriamente la atencion del mundo. Todo se engrandeció allí; todo prospera, y solo Dios sabe hasta donde llegará este progreso.

Estas mejoras sorprendentes se deben en primer lugar á la influencia del emperador, que toma bajo su proteccion todas las empresas industriales, y en la esfera administrativa se aplica á realizar sus miras, activando las obras públicas y perfeccionando la navegacion de los rios. Pero la grande obra de D. Pedro II, obra á la vez humanitaria y política, que será su título indeleble de gloria á los ojos de la Europa, es haber combatido de frente la preocupacion nacional de la necesidad de los esclavos negros, y el haberla vencido. La trata ha quedado abolida en el Brasil, porque la poblacion ha aceptado la divisa del emperador, que es: *colonizacion europea*.

La política del emperador y de las cámaras brasileñas ha sido sencilla, clara y sabia: no bastaba suprimir la trata; era preciso abrir á la agricultura nuevas vias y ofrecer los medios de sustituir, durante un tiempo mas ó menos largo, los brazos que se le arrebataban. Las cámaras se han ocupado de esta necesidad, tomando medidas propias para contentar á los colonos europeos que pasan al Brasil. Con este objeto se publicaron en 1850 dos leyes importantes, una relativa á la concesion de propiedades territoriales, y la otra reglamentando la colonizacion. Los ensayos practicados sobre estas bases han dado resultados satisfactorios.

El imperio del Brasil cuenta con un ingreso anual de 125 millones de francos, cifra enorme, si se considera que muchos gastos se hallan descentralizados, y que cada provincia tiene su presupuesto particular; cifra provisional sin embargo, y que llegará á aumentarse en proporciones incalculables, porque casi procede únicamente de las importaciones, las cuales van en progresion ascendente desde el advenimiento al trono de D. Pedro II. El ejército brasileño, que acaba de dar pruebas de ardimiento y de disciplina en su corta campaña de las orillas del Plata, cuenta veinte y seis mil

combatientes, fuerza numérica mas que suficiente para la seguridad del Brasil. La armada, que al presente demuestra su bizzarria en las aguas del Uruguay y del Parana, cuenta cuarenta buques. Los negocios de la Plata dan por otra parte testimonio de la excelente política del Brasil, que por medio de una demostracion militar acaba de obtener en pocas semanas los grandes resultados que no habian podido conseguir ni la Inglaterra ni la Francia.

El emperador D. Pedro contrajo matrimonio en 1843 con la princesa Teresa Cristina Maria, hermana del rey de Nápoles: de esta union nacieron dos príncipes, que murieron en la cuna, y dos princesas, la mayor de las cuales, Isabel Cristina Leopoldina, lleva el título de princesa imperial, como heredera presuntiva de la corona.

D. Pedro es de alta estatura y tiene ojos azules y grandes, así como la barba y el pelo muy rubios y poblados: es un tipo septentrional, que parece haber salido mas bien de la Germania que de las ardientes latitudes de Rio-Janeiro: bajo su piel blanca y trasparente se ve circular la sangre de las archiduquesas. Pero el origen meridional del joven príncipe se revela en la elasticidad de sus movimientos: monta perfectamente á caballo y le gustan mucho los ejercicios del cuerpo: cuando reside en la capital, se le ve en todas partes, en bailes, en teatros y en funciones religiosas: pasa el verano en su palacio de Petrópolis, á ocho leguas de Rio, nido de águilas elevado sobre las altas montañas que dominan la bahía; paisaje rico y pintoresco, que en nada cede á los mas preciados de la Suiza. Todos los individuos de la casa de Braganza tienen el capricho de construir sus residencias de verano en las cimas de las montañas: en Lisboa ó en Cintra, cantado por Camoens y por lord Byron; en Rio Janeiro ó en Petrópolis, que todavía no ha encontrado su poeta, porque empieza á vivir, pero que tendrá muchos con el tiempo, porque sus encantos inspiran á las almas que sienten.

El emperador recibe dos veces por semana á sus súbditos y á los extranjeros que solicitan este honor. Apasionado á la literatura, preside con frecuencia las sesiones del Instituto histórico y geográfico de Rio-Janeiro, y manifiesta el mas vivo interés cuando en él se leen memorias relativas al origen de su imperio. Su biblioteca particular contiene mas de veinte mil tomos escogidos.

Tal es D. Pedro II. El Brasil, que conoce sus eminentes cualidades, le respeta y le ama: el Brasil está orgulloso, porque le posee.

¡Dichoso monarca, que reina en tal país! ¡Dichoso país, que está gobernado por tal monarca!

PEREGRINACIONES,

ESCAPATORIAS Y AVENTURAS DE UN PERRO CARLIN,

ESCRITAS POR SU AMIGO MOUMOUTE.

CAPITULO V.

Una humillacion.—La ambicion se apodera de mí.—Los galones de cabo.—Marcho á Africa.—Mi primera hazaña.—Injusticia de los hombres.

Hallábame satisfecho de mi propio mérito, pero hasta entonces no habia conocido la ambicion. Era perro militar y esto me contentaba; pero una circunstancia, hija enteramente de la casualidad, llegó á despertar en mí deseos ambiciosos, y á hacer que me avergonzara de aquel estado, al cual debia una tranquilidad tan envidiable.

Habia salido yo del cuartel, por la vez primera después de mucho tiempo, y me encontré en la calle con otros perros del mismo regimiento, que se regalaban en un monton de basura. Ocurriome el pensamiento natural de unirme á ellos é imitarles: acerqueme en efecto, pero al punto un perro de aguas, semejante á un soldado veterano de largos bigotes, se adelantó hacia mí gruñendo con dureza.

—¿Qué vienes á buscar aquí? Este sitio no te corresponde, porque el monton de basura que estás viendo, es el punto de reunion de los *perros de los sargentos*, y por lo tanto no puedes alternar con nosotros, pues no eres mas que un *perro de soldado*. Así, ya puedes desfilir sin perder tiempo, pues de lo contrario nos veremos las caras.

No quise que me repitieran la orden, y me alejé de allí reflexionando sobre la bajeza de mi condicion, que me acarrea una afrenta semejante.

—¡Que distinciones tan absurdas! exclamaba filosóficamente. Véase adónde ha ido á cobijarse el amor propio: porque sus amos gastan galones de estambre, se creen con derecho para humillar á los demás perros militares; ¡como si no fuesen iguales todos los perros!

Hervia yo de indignacion contra aquellos canes, porque me veia en posicion inferior á la suya. ¡Ah! Si mi amo hubiera sido sargento, otro gallo me cantara. Así es el mundo y así son los perros.

En estas reflexiones me hallaba embobado, cuando uno de los que acababan de rechazarme divisó otro monton de inmundicias, que le pareció mas abundantemente abastecido que el anterior. En él hacia su agosto un perro de caza muy hermoso.

—¿Qué buscas por aquí? gruñó este al recién llegado: este no es tu puesto, sino el punto de reunion de los *perros de los oficiales*, y no tienes derecho de acercarte á él, supuesto que solo eres *perro de sargento*.

El recién llegado se separó de allí bajando la cabeza y murmurando:

—Perdonad; ignoraba vuestra graduacion, pues no os conocia.

Y se volvió al lado de los suyos. Aquella escena, de que fui testigo, me consoló un poco, pues los que me habian humillado se veian humillados á su vez. Sin embargo, volví al cuartel refunfuñando contra esas absurdas costumbres, que privan de ciertos derechos á los que no tienen graduacion alguna, como si la calle, como si los sitios públicos no perteneciesen indistintamente á todos los perros.

—Si se portan bien ¿por qué se les ha de echar de ellos? decía yo con rabia.

Al acercarme á los soldados me enteré, por una conversacion que tenian, de que lo mismo habia acontecido á un quinto, quien se habia presentado, por ignorancia, en varios cafés, de los cuales le habian hecho salir prestando que no llevaba galones. Confieso que desde aquel instante me sentí acometido de un deseo inmoderado de ascender, es decir, que resolví agregarme á un capitán cuando menos, y aun me acometió el pensamiento de llegar hasta el mismo coronel. Pocos dias después, y como si mis amos hubiesen conocido mis instintos ambiciosos, los pusieron en ridículo, dándome, sin querer, una leccioncita. Hicieronme trabajar por la noche, y habia practicado yo aquello de *cabeza á la derecha y cabeza á la izquierda* con tanta precision y talento, que todos mis maestros estaban admirados.

—Carnage es ya lo que se llama un recluta hecho y derecho, dijo uno de ellos: sabe el ejercicio al dedillo, y así propongo que le nombremos cabo.

—Sí, sí, hagámosle cabo, gritaron todos. Esta proposicion fué acogida con estrepitosas carcajadas. Un recluta cogió unas tiras de papel, y el cabo de escuadra ordenó que los soldados se formasen en ala. En seguida dijo: —Atencion: á derecha é izquierda, á formar círculo.

Ejecutose esta orden, y los soldados cercaron la mesa sobre la cual me pusieron.

—Vamos, señor Carnage, mandó el cabo: en pié. Yo obedecí sentándome.

—Señor Carnage, en primera posicion. Al punto me puse en pié.

—Perfectamente, añadió el cabo: oíd ahora la orden del día. Habiendo llenado el soldado Carnage sus deberes á satisfaccion de sus jefes, queda nombrado cabo.

Al pronunciar estas palabras, cogió las tiras de papel de las manos de un soldado, y me las colocó en las patas delanteras en medio de infinitas risotadas, que se aumentaron desde luego al ver la cara que yo ponía. Se me figuraba aquello una mistificacion, y mi amor propio padecía; pero pronto vino en mi ayuda la reflexion y reconoci mi error. ¿Cómo era posible que conociesen ellos mis deseos ambiciosos? Y con todo, no era por eso menos cierto que yo estaba sirviendo de juguete á todos los soldados, y que estos se reían á mi costa. Semejante burla me desagradó infinito, y en cuanto me vi libre, corrí á ocultar debajo de una cama los galones de cabo y mi mal humor.

Aquella broma estuvo á pique de producir desagradables resultados para los que la habian llevado á cabo y aun para mí mismo. El coronel tuvo conocimiento de ella, no sé por qué conducto, y se incomodó hasta el punto de mandar que me echasen del cuartel, y de prender agriamente al cabo amenazándole con la destitucion.

Decia que semejante farsa ponía en ridículo la carrera militar.

El coronel era en extremo severo respecto á todo cuanto se referia al servicio y á la disciplina. Hablando de él los soldados solian decir que era *muy duro de pelar* y que *gastaba malas pulgas*. Nunca pude entender lo que esto significaba; pero sin duda encerraban dichas palabras alguna gran verdad, porque los soldados las repetian mucho.

Ya he dicho que el coronel habia mandado que me echasen, y era por lo mismo indispensable ejecutar su orden. Mis amigos, los soldados, me querian en extremo y hubieran deseado hallar un medio de retenerme en su compañía.

—¿Qué habian de hacer? El coronel habia mandado y era forzoso obedecer.

—Adios, Carnage... ¡Pobre perro! ¡tan guapo! ¡tan interesante! ¡Con que vamos á perderte?... Es decir que al hacerle tan sabio hemos perdido el tiempo.

—Vamos, vamos, no andemos en bromas, dijo el cabo desentendiéndose de las lamentaciones de los soldados: ya sabéis que el coronel *gasta muy malas pulgas* y es capaz de degradarme. Si por cierto: lo hace como lo dice, y en dos tiempos, como si alguno cantase, si te he visto no me acuerdo. Qué dese pues Carnage en el cuartel y mañana le daremos su pasaporte.

Veíame pues condenado á perderme por las calles, cuando una circunstancia imprevista hizo olvidar mi sentencia. Al amanecer del dia siguiente se tocó llamada, y formado todo el cuerpo se le hizo saber que el regimiento iba á ponerse en marcha. Observé que todos los soldados se alegraban, sin adivinar el motivo, pues me parecia lo mismo estar de guarnicion en una ciudad que en otra. Me admiró pues en extremo el ver el movimiento que se operó en el cuartel no bien se supo aquella noticia. Debían estar todos muy preocupados para que no se acordasen de mí, y esto fué exactamente lo que sucedió, sin que yo me quejase, pues la novedad del dia me conservaba en mi posicion, y hacia olvidar las crueles ordenes del coronel respecto á mí. No me hicieron trabajar los dos primeros dias; al tercero ya estaban concluidos los preparativos de marcha, y el regimiento se puso en camino. Pero antes de abandonar la cuadra se suscitó en mi compañía una gran cuestion. Se trataba de saber cómo viajaria yo, esto es, si iria *pámbus andando* ó si me llevarian mis amos. Se convinieron en ambas cosas, de modo que me conducirían mis patas, y cuando me cansase subiría sobre las mochilas de mis dueños. De este último modo empecé el viaje y salí de Poitiers al compás de la música.

La alegría seguia su curso en el regimiento, que llevaba ya ocho dias de marcha, y todavía ignoraba yo la causa. Oía pronunciar palabras que nunca habian llegado á mis oídos, como por ejemplo *beduinos*, *Abd-el-Kader*, etc., hasta que por último llegué á penetrar el gran secreto.

¡Ibamos á Africa!

¡Es decir que me esperaba la guerra! ¡iba á batirme! ¡Ah! Mi pobre corazon de perro palpitó con violencia al saber la verdad, y confieso que participé del general contento.

Treinta dias después de nuestra salida de Poitiers, desembarcaba el regimiento en Argel y ponía yo las patas en el suelo africano, en clase de perro de la tercera del segundo. De Argel pasamos á Oran y de aquí á la provincia de Constantina, donde los árabes empezaron á hacer de las suyas con nosotros. Y digo nosotros, porque puedo asegurar sin vanidad y sin temor de que nadie me desmienta, que no me separé nunca de *mi compañía*, y que tomé parte en todos los encuentros que tuvo, marchando siempre con los míos, como buen perro de regimiento, y apresurando el paso en los momentos

de cargar, sin miedo ni recelo. A fé de Carnage os afirmo, que todavía resuena en mis oídos el chirrido de las balas, que pasaban silbando sobre mi cabeza su detestable música. Detestable, sí, horrible, y sobre todo para un perro carlin, que hasta entonces no la había oído.

No es mi intención imitar á los veteranos que, cuando refieren sus campañas, no perdonan pormenor alguno de las acciones memorables, á las cuales se debe, si hemos de creerles, la salvación de la patria, siempre espuesta á los estragos del enemigo. No por cierto: no quiero ponerme voluntariamente en ridículo. Esto no obstante, creo, sin parecer immodesto, que he prestado algunos servicios á mi país, y también puedo añadir con orgullo, que supe señalarle con muchas hazañas durante mi primera y única campaña.

Estábamos acampados en una llanura inmensa... ¡Ja!... ¡Ja!... Acabo de asegurar que no imitaría á los viejos guerreros, y hé aquí que eso es justamente lo primero que me ocurre. Esto prueba que el placer de hablar de sí mismo es natural en todos los seres, y por consiguiente en los perros. Prosigamos:

Hallámonos pues acampados, como ya he dicho, en una llanura, al parecer interminable, y la noche era negra como boca de lobo. Hasta entonces no habíamos visto aun al enemigo, pero se le esperaba por instantes. Mientras parte de los nuestros dormían, otros velaban, y yo reflexioné de este modo:

—Parece que aquí se teme alguna cosa, porque el *quién vive* anda muy listo. Vamos, Carnage; me parece que ha llegado la ocasión de distinguirme, y así no la dejes escapar.

Después de haber gruñido entre dientes estas palabras, ú otras parecidas, corrí á ponerme de facción cien pasos más allá del centinela más avanzado. Se me figura que esto era pura adhesión y verdadero patriotismo, ó yo soy un bolo, pues es necesario tener en cuenta que nadie me había impuesto aquel servicio, y que por consiguiente lo prestaba por mi propia voluntad. ¡Ah! Pronto veremos cómo fui recompensado y cuál fué la injusticia que el 42 cometió conmigo.

Encontréme pues de centinela en aquella peligrosa posición, pero queriendo ocultar mi vigilancia al enemigo, púsemme á buscar un sitio cómodo, y después de haber dado muchas vueltas en torno mio, que es como los perros hacemos nuestra cama, me eché en tierra, formando con mi cuerpo un círculo, es decir, con la nariz metida entre las patas traseras. Uniendo al mismo tiempo la astucia á la audacia, fingí dormir, y conservando la inmovilidad del sueño, me extendí con las orejas y los ojos abiertos. Poco tiempo hacía que estaba allí, cuando un olor bastante fuerte me obligó de pronto á levantar el hocico.

—¿Qué diablos es esto? me pregunté conteniendo los latidos de mi corazón; porque alguna cosa me ha dicho que se acerca un peligro, y que el instante de distinguirme, instante que he deseado tanto, ha llegado por fin. ¿Pero qué es ello? Este olor no me presagia ciertamente cosa buena... son hombres que avanzan hacia mí lado.

Entonces aspiré el aire con ansia. —No hay duda, repuse en voz baja; son soldados... no me engaño, no... esas emanaciones indican con certeza soldados en marcha... pero ese olor no es del soldado francés, pues conozco á este demasiado para equivocarlo con otro. El olor que á mí llega es mucho más sutil... es cierto humillo salvaje que huele á árabe desde una legua... Sí... el enemigo se adelanta.

Con todo, solo á las aspiraciones de mi nariz debía yo aquellos presentimientos; acudí pues á mis orejas, y pegando la cabeza en el suelo, escuché con atención. Al punto oí un ruido extraño; era como el roce de trajes contra los árboles ó el ramaje del bosque inmediato; cualquiera hubiera dicho que aquella tropa se arrastraba deslizándose para no ser sentida. Empecé á gruñir con fuerza, y no tardé en conocer que el pensamiento del enemigo era sorprendernos. Ya no vacilé, y por lo tanto, aconsejado únicamente de mi valor, empecé á ladrar con todas mis fuerzas, retirándome hacia el campamento. A él llegaba lleno de orgullo por el resultado de mi vigilancia, y sin cesar de ladrar, para que se supiese que era yo quien acababa de prestar tan señalado servicio; confieso también que buscaba en mi cabeza la recompensa á que me había hecho acreedor, cuando recibí en los riñones el mas recio puntapié que puede imaginar un perro, con el acompañamiento de las siguientes palabras:

—Calla, maldiceo animal... Ese perro condenado va á hacer que el enemigo conozca nuestra posición.

Y como yo proseguía, no solo ladrando, sino quejándome á mas y mejor por el mal tratamiento que se me daba, el soldado me agarró y me apretó el hocico con sus manos con tanta fuerza, que hubo de ahogarme; después de lo cual me administró una felpa tan soberana, que por último comprendí lo que quería. El cruel me golpeaba para comprar mi silencio. Después que me dejó, me retiré á un rincón, é indignado de la injusticia de los hombres, murmuré con ira:

—Si vuelvo á meterme en otra, será preciso que lluevan bombas como castillos. No señor; me retiro á mi tienda para no salir de ella. En cuanto al gobierno, que se las componga como pueda.

(Continuará.)

EL LOCO DE SAN SERVOLO.

NOVELA.

La parte meridional del archipiélago que sirve de cintura á Venecia, es indudablemente la mas pintoresca. En los paseos que daba yo por las tardes en la laguna, solía abordar en el Lido. Esta isla larga y estrecha, marca el límite de la mar alta. Allí, sentado sobre una de las piedras sepulcrales del cementerio judío, á la sombra de algunos árboles mezquinos y achaparrados, contemplaba al sol poniente, que se ocultaba detrás de Venecia; la ciudad nadaba en una atmósfera de púrpura y oro; las cúpulas de San Marcos resplandecían con un brillo extraordinario; la torre gigantesca de Campanilla parecía dominar orgullosamente todo aquel cuadro; los palos de los buques, cargados de banderolas y gallardetes, se

mezclaban con los campanarios de las iglesias y las torres de los palacios, cuya estructura árabe se destacaba sobre el azul brillante del cielo de Italia. Era el Oriente con su sol, sus mezquitas y sus minaretes, ó mejor dicho, era Venecia, ese sueño encantado de la *Mil y una noches*, esa ciudad original, escéntrica, cuyo recuerdo no puede borrarse de la imaginación del viajero, aunque vea otras muchas, y que los poetas mas eminentes se han esforzado inútilmente en describir con exactitud. Cuando cansado de aquel espectáculo magnífico me iba á recorrer la playa opuesta, en donde mis pies se hundían en un suelo de oro y de conchas, tenía ante mi vista la estensa mar. Aquellos navios suntuosos de Liorna y de Marsella, aquellas faluas de Ancona ó de Zara, cuyas blancas velas me figuraba ver en lontananza, no traían ya su tributo á la orgullosa reina del Adriático, porque la factoría alemana de Trieste ha destronado por muchos años ya á la noble ciudad de los Morosini y Loredanos, y los cuatro almirantes nombrados por el Austria para el puerto de Venecia, desempeñan cargos meramente honoríficos.

Apenas entraban algunas lanchas pescadoras en el paso de San Nicolás, que hoy se halla casi obstruido por innumerables escambros, y que surearon antiguamente tantas flotas cargadas con las riquezas del Oriente. Allí era donde en épocas mas gloriosas, el día de la Ascension, sentado el Dux en su trono en la popa del *Bucentauro*, celebraba solemnemente sus desposorios con el mar, arrojando en su seno un anillo de gran valor.

Una tarde salí de Lido mas temprano que de costumbre. Después de haber pasado por delante del convento Armenio de San Lázaro, me ocurrió el deseo de visitar la isleta de San-Sérvolo, en que la comunidad de los *Fate-bene-Gratelli* ha establecido una casa de locos. Los edificios ocupan toda la superficie de aquel rincón de tierra, y á poco que la mar se agite, se estrellan sus olas por todos lados en las paredes.

Tan profunda es la tristeza que me causa el ver locos furiosos, como violenta la inclinación, la simpatía que experimento hacia los que solo tienen una monomanía; hay en ellos una serenidad, una calma tan singular, que me hace envidiarles. Si hay algunos seres en el mundo que sean completamente felices, son ellos; su imaginación les da todo lo que apetecen, poniendo sobre la cabeza de este una tiara ó una corona imperial, haciendo ser á aquel un amante feliz ó un gran poeta, y cada uno de ellos ha escogido su posición.

Cuanto mas observaba el establecimiento de los *Fate-bene-Gratelli* mas me convenía de la verdad que esta idea encierra. En medio de los solícitos cuidados de todas clases que les prodigaban aquellos religiosos, los seres que vagaban á nuestro alrededor y á quienes la sociedad no considera ya como hombres, parecían insensibles, y libres de toda inquietud.

La agitación febril é impotente que se veía en algunos de ellos se disipaba por sí misma. ¿Para qué necesitaban la realidad si el mundo sin límites de las quimeras les estaba abierto? Poblaban aquel patio estrecho, limitado por cuatro paredes, en que vegetaban tristemente algunos arbolillos con las ilusiones mas brillantes que haya podido crear nunca la humana inteligencia.

Acababa de visitar todo el hospicio, cuando al llegar delante de una de las últimas celdas me preguntó el monje que me acompañaba si deseaba ver un francés que había allí.

—Póvoro, exclamé, está muy tranquilo, pero muy triste, se ha vuelto loco por amar á una gran señora. Todas las tardes espera que vendrá, la llama, y se aflige porque no la ve.

Habiéndole respondido afirmativamente, me condujo á su habitación, llamó á la puerta, pero nada indicó que le hubiesen oído; entonces empujó la puerta, y entré detrás de él en la celda. El loco, vuelto hacia la ventana, con la cabeza apoyada en las manos, miraba sin verlas á las olas que se estrellaban sin cesar en aquella playa árida. Al acercarnos á él no hizo ni el mas mínimo movimiento, pues estaba abstraído en una contemplación interior.

—Un signor francés! le gritó el monje dándole con la mano en el hombro para despertarle de su profunda meditación.

Se volvió hacia nosotros. Era un hombre de unos veinticinco á treinta años, de estatura mediana; sus facciones tenían una especie de transparencia y de blancura mate como el marfil. En las arrugas de su rostro, en sus ojos, que una delgadez horrible hacía aparecer desmesuradamente grandes, no vi nada que espresara demencia; pero había en cambio la espresión de un dolor amargo y profundo que me oprimió el corazón.

—Caballero, me apresuré á decirle para disculpar mi indiscreción, pronto regresaré á Francia. Me creeré dichoso si puedo ser de alguna utilidad á un compatriota.

Me miró con desconfianza y reflexionó un momento antes de contestarme.

—Podría V. hacerme un gran favor, dijo al fin; de V. dependería la realización del último deseo que he concebido en este mundo; pero, no! soy para V. un mero objeto de curiosidad. Soy una cosa y no un hombre... no tiene V. motivos para interesarse por mí... no lo haría V.

Renové mis ofrecimientos con mas calor, al paso que me sorprendía el tono tranquilo y digno de un hombre de mundo. Aquella reserva, que formaba un contraste tan sorprendente con la locuacidad excesiva de sus compañeros, empezaba á excitar vivamente mi curiosidad.

—Vamos, me dijo, me parece V. buen sugeto, quizás escuchará V. mi ruego, y no debo rechazar el último consuelo que me envía la Providencia.

Si pasa V. por Ginebra, vaya V. en casa de la señora de R... plaza de San Gervasio, núm. 7, dígame V. que su hermano Bernardo Postel ha pensado en ella hasta el último momento de su vida; que no ha carecido de ninguna clase de cuidados. No la hable V. del sitio en que estoy, porque esto aumentaría su dolor; la dará V. este anillo (y se le sacó del dedo); es el anillo de matrimonio de mi madre, y nunca se ha separado de mí.

—Esperaba un encargo menos triste; tal cual es, sin embargo, le desempeñaré exactamente. Pero, ¿por qué pensar en morir, siendo aun tan jóven? Puede V...

Y como vacilé un instante, me interrumpió diciendo: —Curarse! ¿No es esto lo que iba V. á decir? Oh! no, no quiero curarme de lo que llaman mi demencia, es decir, olvidar.—Mi acción ha concluido ya en este mundo, y solo espero la hora en que salga de él.

—Es preciso que haya V. sufrido mucho para tener el derecho de hablar así. ¿Qué senderos tan escabrosos ha recorrido V. para llegar á ese calvario de menosprecio y odio á la vida?

—No se apresure V. á compadecerme, no cambiaría mi suerte por la de los hombres mas felices y envidiados de la sociedad... No puedo rehusar á V. nada... voy á contárselo todo, aunque haga aparecer á veces en su rostro la sonrisa de la incredulidad; lo que voy á hacer en obsequio de V. había jurado no hacerlo por nadie.

Se han equivocado al decirle á V. que era yo su compatriota, solo tenemos de comun el idioma. Yo nací en Suiza, como mi maestro Leopoldo Robert; el principio de mi historia es como el de muchos artistas. Mi madre, viuda y pobre, no tenía mas porvenir ni esperanza que yo. Mi hermana, mayor que yo, y casada ya, tenía bastante con mantener á sus hijos. Fui pues destinado al comercio, pero un deseo irresistible me llamaba á otra carrera. Cuando en la exposición anual de pinturas del museo de Rath, pasaba ante los lienzos de Diday ó de Hornung, saludados por la admiración pública, un estremecimiento de orgullo y de respeto recorria todo mi ser; un grito profundo, un grito que salía de lo mas recóndito de mi corazón me decía, como al Correggio, que yo también era pintor; yo, pobre, desconocido, me veía ya rodeado por las aclamaciones de la muchedumbre y labrando rápidamente la fortuna de mi madre. Luché contra una carrera que todo en mí se negaba á seguir, y la debilidad maternal fué cómplice de mi victoria.

(Continuará.)

LA FIESTA DE LOS LOCOS.

En la edad media, la piedad, ó si se quiere la superstición popular, añadía á la etiqueta sacerdotal de las fiestas cristianas todo género de ritos extraños. Sucedia con tan libres y caprichosos corolarios, como con esos fantásticos dibujos iluminados que rodean con sus profanos arabescos el texto litúrgico de los antiguos misales. En las fiestas de Navidad era sobre todo cuando este risueño ceremonial soltaba la brida á sus caprichos. Todavía dura hoy un recuerdo de aquella bizarría costumbre, que acaba por el poético banquete de los Reyes, pues todos los años y en todas las familias, las frentes de los niños ciñen por espacio de una hora el turbante real de los Magos de la Epifanía.

Volviendo á los buenos tiempos, las dos cenas, ahora tradicionales, eran entonces casi místicas, continuaban la fiesta y hacían del *refectorio doméstico* una sucursal alegre de la Iglesia: de ellas salieron también esos encantadores cánticos que tanto se repitieron en la edad media. Los villancicos en efecto, eran hasta cierto punto la historia cantada, la crónica rimada de la Natividad. No hay duda que entre ellos los hay que mas parecen oriundos de las copas de hipocrás que del breviario. Así que concretándonos á sus habituales asuntos, no deben hoy citarse, tan solo por la forma ridícula con que fueron tratados por los rimadores de aquel tiempo. En efecto, cualquiera diría que algun fauno pagano mezclaba sus roncacos á las rústicas zampoñas de los pastores, haciendo sobresalir sus irónicas modulaciones entre los piadosos conciertos.

Tal era sin embargo, la costumbre antigua: mezclaban abiertamente los cantos profanos en las ceremonias divinas, y no creían por eso faltar en lo mas mínimo á sus deberes religiosos. Improvisados los villancicos en la mesa, debían necesariamente resentirse del placer que los brindis hacían experimentar á los mas rudos de entendimiento: además había una circunstancia que les da á nuestra vista un tinte engañoso de parodia y de malignidad. Como cualquiera puede figurarse, las alegres rapsodias de año nuevo se cuidaban muy poco del color local, y cambiaban á su capricho tanto los trajes como los misterios. En una provincia endosaban á las pastoras judías de Belen chaquetillas turcas; en otra convertían la divina égloga del Evangelio en una horrible tragedia: cada ciudad, cada aldea introducía en escena sus costumbres, sus barbaridades locales, así como los vicios de su lenguaje. Así que, al abrigo de una naturalización reprensible, los usos de los pueblos fueron otras tantas canciones obligadas para las viejas comadres, que las repetían durante las noches de invierno al amor de la lumbre de los fogones.

Hasta aquí, según se ve, aquellas saturnales eran inocentísimas, pero vamos á verlas, aprovechándose de la indulgencia de la fiesta, penetrar en la Iglesia, apoderarse de ella, y ostentar, hasta en los altares, su franca alegría, convirtiéndose en la *Fiesta de los locos*.

El origen de esta fiesta es antiquísimo, y es imposible precisar su fecha. En el siglo X existía ya en el Bajo Imperio y se celebraba principalmente en las solemnidades que tenían lugar desde año nuevo hasta el día de Reyes. Su carácter distintivo era el mismo que el de las saturnales paganas, pues de igual modo que en la antigua Roma, los esclavos se convertían en amos, durante tres días del año, y en la fiesta de los locos, el clero proletario é inferior usurpaba, por un día en cada iglesia, los honores y las funciones del patriciado sacerdotal.

Aquel día, el subdiácono se ponía la mitra del obispo, el lego se apoderaba de las ropas del abad, el turiferario se hacía incensar y el monaguillo obligaba á los mas encopetados á que llevasen la punta de la cola de su burlesco traje. Mas para quedar absueltos de antemano de estas usurpaciones, para quitarles todo carácter de profanación y de sacrilegio, los actores de tan extraña farsa adornaban sus mitras y sus casullas con cascabeles, proclamando ellos mismos de este modo su demencia, su idiotismo, *festum fatuorum*. Y no sin razón se había elegido el día de Navidad para aniversario de tan ruidosas escenas. La Navidad es una fiesta preclara del Cristianismo; es un magnífico recuerdo del amor divino. Dios se convierte en niño y sonríe á los hombres; y durante la minoría del Rey del cielo y de la tierra, como dicen las canciones populares á que antes hemos aludido, creían los hombres que bien podían permitirse muchas cosas. Aquella locura no era mirada por consiguiente como una profanación,

sino como un esceso de júbilo, á que se entregaban las criaturas, por haberles llegado el Redentor del linaje humano.

Así hablaron los apologistas de la *Fiesta de los locos*, cuando los concilios alarmados quisieron prohibirla. Que el espíritu de la fiesta fuese siempre de una candidez incontestable, está fuera de toda duda; mas en razon de su misma inocencia tomó tan colosales proporciones, que llegó á hacerse temible, y por lo tanto se comprenden bien los anatemas de la Iglesia al ver los escesos que se cometían.

La primera y principal ceremonia de la *Fiesta de los locos* consistía en la eleccion de un abad, de un obispo ó de un arzobispo, con arreglo á las localidades. En las iglesias que se entendían directamente con la santa sede, se procuraba escoger nada menos que un papa. — *Unum papam fatuorum*. — El abad, el obispo y el arzobispo eran nombrados generalmente por los canónigos mas jóvenes, quienes elegían aquellas altas dignidades entre el clero, y por lo regular entre los subdiáconos, los curas de misa y olla y los seises. En cuanto al papa, no había patan que no se creyese capaz de llegar á serlo. Cuando llegaba el día prefijado, todo el pueblo se convertía en un inmenso colegio de cardenales. Según se ve, aquella exaltación, por ridícula que fuese, tenía cierta significación cristiana; la glorificación de los pequeños, de los humildes y de los niños, el mismo día en que Dios se hizo niño, humilde y pequeño. Pero volviendo al papa de los locos, ya que las variaciones del ceremonial que se observaba en la eleccion de un obispo ó arzobispo son insignificantes, una vez reconocida y válida su eleccion, se proclamaban los nombres de los grandes dignatarios de su efímero poder, y luego abrumaban con las insignias de su burlesco pontificado. Capa cubierta de oropes, tiara de carton, báculo de grosera madera dorada... nada le faltaba, y en la sacristía se colocaba un gran armario, en que se encerraban todas las prendas de tan

himnos y salmos sin ilacion ni concierto. Los turiferarios echaban en los incensarios pedazos de moreillas y de zapatos viejos, cuyo nauseabundo olor aspiraba con delicia el papa de

llamada *Prosa del asno*, cuyo estribillo repetía el pueblo al final de las estrofas.

Después llevaban el asno al coro, en el cual le tenían ya preparada una gran mesa provista de avena y de legumbres cocidas: los canónigos proclamaban en alta voz los nombres de los convidados del burro. Llegaba hasta tal punto el abuso que hacían de los sentimientos y hasta de la irracionalidad, si así podemos esplicarnos, que hemos leído lo siguiente en un ritual antiguo: «Al fin de la misa, el sacerdote se volverá hacia el pueblo, y cantará, *ite missa est*; el pueblo rebuznará, *hinhinabit*; y luego dirá tres veces: *hin, ham, hin, ham, hin, ham.*»

Esto parece increíble. El idiotismo de un pueblo entero que rebuzna y se bestializa hasta tal punto; la severidad y grandeza de un templo cristiano, convertidas en teatro de las locuras y desenfreno de la multitud delirante, cosas son que no se comprenden, que repugnan de una manera que ni aun puede esplicarse. ¡Qué mucho que los santos concilios anatematizasen y prohibiesen indignados semejantes escándalos! Y sin embargo tenían lugar en pueblos que creían y adoraban todos los misterios de la Divinidad. Su misma locura era un homenaje, una adoración; pero la ignorancia introducía en aquellas solemnidades, religiosas y puras en el fondo, el cieno de las pasiones mundanas y los malos instintos de la barbarie.

En una iglesia de Constanza existe un cuadro que simboliza perfectamente la fiesta de los locos. Es una adoración de los Magos, por Wolmuth. El pintor ha elegido el momento en que la caravana de la Epifanía llega al portal de Belén con sus camellos, sus elefantes y sus dromedarios, que componían la riqueza principal de Melchor, Gaspar y Baltasar. Estos reyes presentan sus místicos dones: Melchor el incienso y



El loco de San Sérvolo.

los locos, al paso que otros soplaban sus cenizas, dirigiéndolas á los ojos de los celebrantes. Por último, el papa loco se levantaba, y su limosnero, tan ridículamente ataviado como él, concedía en su nombre indulgencias burlescas, en las cuales deseaba á los circunstantes dolores de estómago y de muelas, males de corazón y plagas de hambre y de tña.

Concluida la función religiosa se perdía aquel cínico carnaval en las calles de la población, recorría sus mas inmundos barrios, y se veía muchas veces perseguido á pedradas por otros locos que se empeñaban en aprovechar aquella favorable ocasion de dar en que entender á la justicia del rey.

En muchos pueblos, la fiesta de los locos se convertía en fiesta del asno. Se escogía entre las principales familias de la clase media una joven que representase la Virgen; ponían en sus brazos un niño, la colocaban sobre un asno magníficamente adornado, y el capítulo la llevaba procesionalmente á la iglesia, instalándola al lado del Evangelio. El asno, dirigido



La fiesta de los locos.

Baltasar el oro, mientras Gaspar, el monarca etiope, besa los desnudos piés del niño Jesús. Entre la comitiva ha introducido el artista la figura de un enano negro, sin duda el loco ó bufon de Gaspar, que se ríe á carcajadas, como significando el placer del universo entero por la llegada del Mesías prometido. Pues bien: la fiesta de los locos era en las solemnidades de año nuevo, lo que es el bufon enano en el cuadro de la Natividad de Wolmuth.

Ya hemos dicho que aquellas saturnales eran sumamente peligrosas, y que la profanación, aunque involuntaria, era evidente. Así pues, nunca admitió el alto clero como tolerables semejantes farsas, pues al contrario fueron perseguidas constantemente, desde que se observaron los abusos, los escesos, los grandes desórdenes que constituían sus verdaderos elementos. Los concilios, los sínodos provinciales, los soberanos pontífices, los arzobispos y los obispos, las proscribieron, las anatematizaron y las declararon impías, licenciosas, diabólicas y abominables á los ojos de Dios.

La fiesta sin embargo se repelía todos los años, y sus encomiadores tenían siempre á mano un arsenal de razones especiosas para defenderla: la principal descansaba en la costumbre, en la tradición, en el ejemplo que las generaciones habían heredado de las que les habían precedido.

Grande fué la resistencia que opuso la locura antes de quedar destruida. El pueblo loco era una maravilla, un placer inesplicable, un goce infinito: actor y espectador de sus extravagancias, se reía de sí mismo, y no tenía que echar en cara á nadie sus bárbaras escentricidades.

La moralidad, la sana razón, la pureza de la fé cristiana, consiguieron al fin un triunfo completo sobre la ignorancia. La fiesta de los locos desapareció para siempre, y ya no resuenan en los templos cristianos los gritos de una muchedumbre ebria y desenfrenada; ya no rebuznan los pueblos, ni rinden homenajes á la que es tenida por la mas vil de las criaturas irracionales.



El loco de San Sérvolo.

ridículo traje. Se habían previsto todas las eventualidades, y así se conservaban en reserva ropas tales, mitras y capas de todas dimensiones, supuesto que nadie sabía de antemano si había de ser grueso ó flaco, alto ó de baja estatura, el papa que quedaria electo. Se lee efectivamente en un antiguo inventario de cierta iglesia de York: «*Item*, un baculito para niño, con destino á la fiesta de los locos: *Item*, un anillo pequeño para la misma solemnidad, etc., etc.»

El grotesco conclave del nuevo papa colocaba á este, después de adornarlo completamente, sobre unas andas, que llevaban doce mocetones de pelo en pecho, y de este modo era conducido por la población entre los silbidos, las carcajadas y las irónicas genuflexiones de sus habitantes. La procesion se dirigía después al palacio episcopal, y el papa quedaba instalado en él triunfalmente. El verdadero obispo cedía por lo regular su puesto al temible intruso, mas si por casualidad se hallaba presente, debía levantarse para recibirle y tratarle del mismo modo que si fuese su primado. Para consignar el acto de su instalacion, el papa de los locos se asomaba á todos los balcones del palacio: en el principal de ellos había un tonel abierto, introduciase en él hasta medio cuerpo, y echaba la bendición al pueblo.

El acompañamiento pasaba después á la iglesia, en cuyo púlpito tomaba gravemente asiento el papa loco. Entonces era cuando la licencia traspasaba todos los límites, cuando la locura universal se desataba á velas desplegadas. El orden que hasta entonces se había observado en la marcha de la bacanal, desaparecía, y la etiqueta burlesca se ocultaba entre los gritos y los dicharachos mas groseros. El campo quedaba abierto á todas las extravagancias: una multitud de clérigos enmascarados se agitaba sin cesar alrededor de las columnas de la nave; supuestos canónigos, que solo tenían de tales los trajes que habían usurpado, cantaban con desaforados berridos



La fiesta de los locos.

por dos fingidos canónigos, tomaba puesto de ante del facistol, y uno de ellos, después de saludarle respetuosamente, entonaba con toda la fuerza de sus pulmones la célebre canción